

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA



OTOÑO

REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPUBLICAS
SUD-AMERICANAS

Coaltar Saponiné Le Beuf

ANTISEPTICO y DETERSIVO
NO ES CÁUSTICO NI VENENOSO
ADMITIDO en los HOSPITALES de PARIS

Este conjunto de cualidades preciosas le hacen un producto indispensable para todas las familias, no solamente para las **necesidades cotidianas del tocador**, sino tambien para curar una cortadura ó una úlcera, aliviar el mal de garganta, corregir los desgarros y supuraciones, etc.

EN TODAS LAS FARMACIAS

ASMATICOS

El MEJOR TRATAMIENTO del ASMA es el
LICOR DE LA ESTRELLA

(LIQUEUR DE L'ÉTOILE)

de MARIO LECHAUX
49, Rue de Maubourg, Paris.
Al cabo de cinco dias se puede acostarse y dormir toda la noche.
SE VENDE en todas las BUENAS FARMACIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CATARROS
antiguos y recientes
TOSES, BRONQUITIS
CURADOS radicalmente
POR LA
**SOLUCIÓN
PAUTAUBERGE**
que procura
PULMONES ROBUSTOS
y preserva de la
TUBERCULOSIS
L. PAUTAUBERGE
COURBEVOIE-PARIS

LINO-TARIN
NATURAL — HIGIÉNICO
Procura : Frescura,
Belleza — Salud
Alegria.
Cura :
ESTRENIMIENTO
ENTERITIS
OBESIDAD
Enfermedades del HIGADO
Indispensable durante
los fuertes calores.
Todas Farmacias y 73 Rue St-Anne PARIS

**CARBON
GRANULADO
FRAUDIN**
ENFERMEDADES del ESTOMAGO
y del INTESTINO
DISPEPSIA, GASTRALGIA
FLATULENCIAS
DIGESTIONES DOLOROSAS
DIARREAS REBELDES
E. FRAUDIN
PARIS-Boulogne

PARFUM
MARY GARDEN
V. RIGAUD
PARFUMEUR
16, RUE DE LA BAIXE - PARIS
De Venta en todas las Perfumerias.

Exijanse los Nombres
de
DELABARRE
y de
FUMOIZE
JARABE DELABARRE
Facilita la Salida de los Dientes
y previene todos
los Accidentes de la Dentición.
ESTABLECIMIENTOS FUMOIZE, 78, Faubourg Saint-Denis - PARIS.
Y TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

VINO NOURRY
YODOTÁNICO
à la vez
Depurativo y Fortificante.
**DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO**
El **VINO NOURRY** reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.
Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las **Mujeres** (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los **Niños** (escrófulas, usagres, etc.)
F. COMAR & FILS
PARIS
SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
PURGATIVOS, DEPURATIVOS, ANTISEPTICOS
contra el **ESTREÑIMIENTO** y sus consecuencias
EN TODAS LAS FARMACIAS.

Pour toute la publicité française
s'adresser exclusivement
A. Mr. A. LORETTE,
Directeur de la Société
Mutuelle de Publicité
14 rue Rougemont, à Paris

LINIMENTO GÉNEAU
50 Años de Exito
No mas FUEGO
No mas Peladuras
Solo TOPICO
reemplazando el Fuego sin dolor al caída del pelo, cura rápida y segura de las Cojeras, Esparravanes, Sobre huesos, Torceduras, etc. Revulsivo y resolutivo.
F. GÉNEAU, 165, Calle St-Honore, Paris y todas Farmacias

ANEMIA-CLOROSIS
APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS
Pildoras y Jarabe BLANCARD
Dosis : 2 á 6 Pildoras
1 á 3 Cucharadas
DEBILIDADES-ESCRÓFULAS

HIERRO QUEVENNE
Cura : **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD**
Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS. — El mas activo y economico, el único Hierro INALTERABLE en los países cálidos. Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS". — 14, R. des Beaux-Arts, Paris.

LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

AÑO XXV.—NÚM. 570

BUENOS AIRES, 30 DE MAYO DE 1917

Editada por la Imprenta ARGOS



UN POETICO RINCON DE PALERMO

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

DIRECCION y ADMINISTRACION:
Buenos Aires: Cochabamba 319 :

REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPUBLICAS SUD AMERICANAS

Teléfono: Unión Telefónica 1883, Buen Orden
Casilla Correo N.º 602

Dirección Telegráfica: "ILUSTRACION"

AGENCIAS PRINCIPALES

BRASIL: Río Janeiro y San Pablo.—URUGUAY: Montevideo.—PARAGUAY: Asunción.—CHILE: Santiago y Valparaíso.—PERÚ: Lima.—BOLIVIA: La Paz.—VE-
NEZUELA: Caracas.—ECUADOR: Quito y Guayaquil.—
COLOMBIA: Bogotá.

La correspondencia envíese a nombre del Director

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Por un año (correspondiente a 24 números) Buenos Aires, \$ 14.—Interior, \$ 20.—Exterior, \$ 40.
Por un semestre (correspondiente a 12 números) Buenos Aires, \$ 7.—Interior, \$ 10.—Exterior, \$ 20.
Por un trimestre (correspondiente a 6 números) Buenos Aires, \$ 3.—Interior, \$ 5.—Exterior, \$ 10.

Suscripción especial para «Profesionales», \$ 5 por mes.

Número suelto 1 \$ — Número atrasado \$ 2 y 4

AÑO XXV BUENOS AIRES, 30 MAYO DE 1917. N.º 570

ACTUALIDAD SUDAMERICANA

EL CONGRESO DE NEUTRALES

La prensa sudamericana, especialmente la de Chile, se ha ocupado, en este último tiempo, de la iniciativa que se atribuye al gobierno argentino de auspiciar, ante las cancillerías americanas, un congreso de neutrales, para considerar cuestiones relacionadas con la guerra europea y la situación internacional de nuestro continente.

Es difícil, en verdad, establecer el punto de consistencia que se pueda adjudicar a esa intención del gobierno argentino, tanto por la especial reserva que caracteriza la preparación de sus actos, internos y externos, cuanto por la situación especial en que se halla nuestro país, en lo que toca a su misma neutralidad. El gobierno argentino, como es notorio, se ha declarado neutral en la contienda europea hasta tanto ésta no rozó a los países americanos. Cuando las complicaciones de la guerra submarina, emprendida por Alemania, determinó la declaración de guerra entre esta última nación y los Estados Unidos de Norte América, nuestro gobierno no sólo no expresó declaración alguna de neutralidad sino que reconoció, si bien con ciertas reservas de habilidad diplomática, un principio de derecho en la actitud de los Estados Unidos.

Esta sola circunstancia impediría, pues, a nuestra cancillería, iniciar una gestión en el sentido que se viene comentando y el impedimento será aún mayor, sin duda, si el Brasil, como se prevé, decide francamente declarar la guerra a Alemania, poniendo, con tal actitud, a las otras naciones del continente sudamericano, en el caso de resolver, solidariamente, cual será su conducta en un conflicto que, saliendo de su marco originario, llega a conmover las bases fundamentales de los principios que han regido, hasta ahora, la vida de relación internacional.

Además de estas circunstancias, existen otras, no menos importantes, que convergen en el sentido de restar trascendencia y significación a un congreso neutralista americano como el que se insinúa. Varias naciones del continente han declarado la guerra a Alemania, los Estados Unidos en primer lugar, país que constituye, sin duda alguna, la mayor fuerza moral y material que cuenta América. Otras, sin haberla declarado, han roto sus relaciones diplomáticas

con los imperios centrales o han exteriorizado su adhesión a la política internacional de los Estados Unidos. De manera que, de realizarse el congreso, no tendría él, por la ausencia de representación de muchas de las naciones que constituyen el continente, el significado y la trascendencia que necesita para que sus conclusiones pudieran traer una consecuencia moral o material provechosa.

Sin duda alguna, las naciones americanas necesitan hacerse presentes, como entidades ponderables, en el concierto de la vida internacional, particularmente después que esta guerra ha puesto de relieve la conveniencia de consolidar los fundamentos que constituyen las nacionalidades, para evitar posibles avances de ambiciones imperialistas, pero esa acción, necesaria y saludable, no es posible emprenderla en estos momentos, cuando la situación de las distintas naciones americanas no es homogénea. El momento más favorable será cuando, terminada la contienda e iniciada la reacción nacionalista que ya se esboza en los diversos países europeos, que traerá como resultado inevitable el acrisolamiento de todos los valores morales y étnicos de las nacionalidades, tocará a América realizar un ideal hasta aquí mirado con cierta indiferencia: el panamericanismo; es decir, la federación moral y doctrinaria de los países del Nuevo Mundo, a base de la confianza y de los sentimientos emergentes de una misma constitución política y de la identidad de sus intereses, exentos de toda ambición de conquista o predominio.

Entonces será también la época propicia para celebrar congresos, porque la idea responderá a una finalidad factible: no ahora, cuando los acontecimientos mundiales, cuyas complicaciones futuras no pueden ser previstas, sólo pueden augurar fracasos a intenciones que, aunque bien inspiradas son ineficaces por la falta de oportunidad en su enunciación.

LA ACTITUD DEL BRASIL

El retiro del doctor Lauro Müller de la cancillería brasileña y su reemplazo por el doctor Nilo Peçanha, hizo prever un cambio, más o menos lejano, en la política internacional del vecino país frente a los acontecimientos europeos. El cambio acaba de producirse, con la revocación del decreto de neutralidad dictado por el gobierno brasileño al declararse el estado de guerra entre los Estados Unidos de Norte América y Alemania.

Esta actitud del Brasil, que no es sino el preámbulo de una declaración de guerra, traerá, a no dudarlo, complicaciones y novedades dentro de la política internacional de las otras naciones sudamericanas, decidiendo actitudes y resolviendo situaciones, que, de producirse, no pueden ser sino de solidaridad.

El Brasil, fatalmente, debía llegar a la finalidad que hoy señalan los acontecimientos. Sus vinculaciones con los Estados Unidos, formalizadas, según se asegura, por formales tratados, le impedían una actitud prescindente en el conflicto germano-yanki, mucho más teniendo en cuenta lo peligrosa que podía ser el mantenimiento de la neutralidad, en el caso de una probable extensión de la guerra submarina, teniendo el Brasil tan amplia costa, propia para establecer en ellas escondidos refugios de abastecimientos navales. En rigor de verdad, un país que tiene un conjunto de islas como el archipiélago de Fernando de Noronha, intrincado y desierto, que ha servido de base desde hace siglos a todas las correrías de corsarios en el Atlántico, no puede mantener su neutralidad en un caso como el actual, donde uno de los beligerantes, el que más pudiera sufrir por el aprovechamiento de semejante base naval es un aliado.

Además de esto, el Brasil, con su resolución, persigue un propósito de política internacional americana, concretando su solidaridad con los Estados Unidos, acercamiento que ha inspirado su diplomacia desde hace medio siglo.

El acto del Brasil, aún cuando no pase de una manifestación de orden moral, está llamado a repercutir en toda Sud América y sus consecuencias no tardarán en evidenciarse en el resto de las repúblicas que aún permanecen en una expectante neutralidad.

EL "SALÓN DE OTOÑO" DE ROSARIO

El arte pictórico nacional, que hasta hace poco tiempo tenía apenas reducida manifestación en nuestra metrópoli, ha comenzado a dejar ese marco exclusivo para exteriorizarse, como nobilísima demostración de cultura artística, en distintas ciudades del país, ya bajo forma de plausibles esfuerzos individuales, de que tan honrosa prueba dan algunos artistas de Córdoba, que se han destacado brillantemente en las últimas exposiciones del Salón Nacional o ya con concursos auspiciosos, como el «Salón de Otoño» inaugurado recientemente en Rosario, que ha constituido un grato e interesante acontecimiento artístico.

Dicho salón, que es el primero que se celebra en aquella ciudad, ha merecido halagüeñas alabanzas, por su significación como esfuerzo para la difusión del progreso de las artes plásticas en el país, como por su importancia, pues las ciento noventa y cinco obras presentadas, dignas de figurar, en su mayor parte, en el salón más exigente, elevaron a alto grado el coeficiente artístico de la exposición.

Concurrieron, al salón rosarino, numerosos artistas, cuyos nombres se han hecho familiares y prestigiosos en los certámenes del Salón Nacional de Bellas Artes: Jorge Bermúdez, a quien se adjudicó el primer premio por una tela, «Riña de gallos», que ha merecido muchos elogios; Soto Acébal, Nava, Mazza, Prins, Guido, Centurión, Alice, Oller, y entre los maestros que han señalado orientaciones o sembrado estímulos en el arte pictórico nacional, Ripamonte, Sívori, Copini y otros.

La representación femenina ha tenido, también, honrosa representación. La señorita Emilia Bertolá, de Rosario, que en las dos últimas exposiciones del Salón Nacional se ha destacado tan ventajosamente, con telas que acusan una extraordinaria capacidad artística, ha merecido la adjudicación de uno de los premios de estímulo, por un retrato, «Mi hermano», donde la distinguida artista revela las finas cualidades de observación y de expresión que tanto valoraban otra tela, «Mi prima», justamente elogiada en el último salón metropolitano. Lia Gismondi, Zulema Barcons, Ana Rossi, Blanca Hume, Leonie Mathis, también expusieron obras que fueron merecidamente apreciadas.

Pedro Deluchi presentó algunas de sus agnas fuertes, tan interesantes y en las cuales se expresan una rica imaginación y una ejecución que exterioriza una técnica de maestro, que llamaron justamente la atención. No menos elogiada fué una hermosa tela de Augusto Olivé, el artista rosarino fallecido tan prematuramente y en quien ha malogrado, la muerte, legítimas esperanzas para nuestro arte nacional.

La sección de escultura, en el salón de Rosario, fué realizada por la concurrencia de artistas como Lagos, Cullen Ayerza, Leguizamón Pondal, Rocha—que obtuvo el primer premio por un mármol titulado «Comunión»—Fioravanti, Blanco Villalta, Sibellino, y otros, que presentaron, en conjunto, alrededor de cincuenta obras.



SPORTS DE INVIERNO. — EN EL TIGRE. — REUNIDOS ESTUDIANDO SE PARA LAS FUTURAS REGATAS

PANAMERICANISMO

Su pasado y su porvenir

Continuamos, en el presente número, la publicación del interesante artículo del escritor Francisco García Calderón, que iniciáramos en el anterior. En el próximo terminaremos su publicación.

La nación comerciante, tímida en medio de las aventuras de la democracia, exigió el *statu quo* para Cuba, Puerto Rico y Haití y adoptó, en vez de la fatal asociación con los estados hispano-americanos, un provisorio aislamiento.

A pesar de la oposición del Senado y de la Cámara de representantes, manifestada en áspe-ros debates, envió el presidente ministros a Panamá. Correspondió a Henry Clay, secretario de Estado, por un amable destino, la misión de instruir a los embajadores sobre su importante misión. Reconoció el defensor de las repúblicas españolas la transcendencia del próximo Congreso y la necesidad de formular principios de defensa americana: colectivamente se comprometerían los pueblos reunidos en Panamá a rechazar extranjeros proyectos de colonización. El gobierno norteamericano determinó los límites de su intervención, alejando de su infancia política peligros ciertos. Sólo debían armarse los Estados Unidos en presencia de expediciones europeas en un mar vecino, en las Antillas, por ejemplo; permanecerían indiferentes si se realizaban ataques en remotos estados, como Buenos Aires o Chile. Antes de consagrar su fuerza guerrera a detener simples hostilidades del Occidente conquistador, pesaría razones en un largo monólogo shakespearino. El solemne Congreso de la América libre lucha contra displicentes observadores de Washington, contra intereses coligados y firmes prejuicios.

Al oponerse a la división naciente, discenten en Panamá, los ministros, un tratado de unión, liga y confederación de las repúblicas vencedoras de España. Sólo algunas democracias aceptan el nuevo credo internacional. Colombia, que dirige el movimiento de unificación, el Perú, Centro América y los Estados Unidos de México son las altas partes contratantes en el convenio de paz. Se prestarán, para su futura defensa, legiones y naves y renunciarán en sus disputas a la solución de la guerra.

La América congregada no pierde sus libertades. Se concilian la soberanía de cada nación y la solidaridad en los peligros comunes, la discusión de los intereses colectivos y la resolución independiente de los negocios peculiares a cada estado. Un dogma político subsiste contra reaccionarios e ideólogos, el régimen constitucional. El continente liberal y democrático desecha extrañas reyecías. Será excluida de la Confederación la potencia que cambie radicalmente de forma de gobierno.

Cada dos años se reunirán los ministros americanos para negociar tratados, interpretar los existentes, hacer inalterable la amistad de pueblos semejantes, servir de benévolos mediadores en los conflictos, conciliar intereses y evitar luchas armadas; propagar, en fin, en dominios reacios a esta benéfica paz, la excelencia del solemne acuerdo entre diez naciones.

Este ensayo de panamericanismo fracasa en las primeras disputas de inestables democracias. Colombia y el Perú, ministros de unión, insis-

ten en convocar inútiles congresos. Los Estados Unidos, preocupados por internas luchas, se alejan del concierto meridional. Crece la división, y las asambleas de 1846 y 1857 formulan elocuentes votos de paz en nombre de un limitado grupo de pueblos. No es ya la obra de los plenipotenciarios expresión de un continente uniforme.

Se reconoce, sin embargo, en pactos ineficaces, la virtualidad del principio esencial, la unidad americana. Así, en 1847: «las repúblicas americanas, ligadas por el vínculo de origen, el idioma, la religión y las costumbres, por su posición geográfica, por la causa común que han defendido, por la analogía de sus instituciones y, sobre todo, por sus comunes necesidades y recíprocos intereses, no pueden considerarse sino como partes de una misma nación».

Entre las razones de saludable aproximación, predominan ya, no el alma común o la antigua fraternidad, sino la necesidad y el interés, inspiraciones utilitarias. En 1864 se aspira a conservar al continente «una fisonomía particular», es decir, la novedad de su régimen político, y una expresión contractual, todavía indecisa de tantos rasgos morales idénticos. A veces el sentimiento nacional teme a estas vastas combinaciones de intereses: nacionalismo contra americanismo, guerra frecuente de dos principios, que se reduce al combate de la anarquía difusa con periódicos ensayos de organización. Desde 1826 se aspira a restringir los poderes del Supremo Consejo de paz, a transformarlo en suntuosa e inútil asamblea. Un ministro argentino niega la existencia de la América independiente «como entidad política».

Historiemos brevemente la prolongación en el siglo de la obra bolivarista. En Panamá se habían fijado los aspectos generales de estos grandes congresos: arbitraje, integridad territorial, condenación del tráfico de esclavos, paz durable y organización federal, no ya dentro de los estados para multiplicar la anarquía, sino de Norte a Sur, como útil concentración de fuerzas incipientes. Solidaridad ante la amenaza de un poder extranjero implicaban estos pactos generosos. Así, en 1846, al anuncio de que España se preparaba a reconquistar el Ecuador y a intervenir en su vida política, invitó el Perú a nueva conferencia de naciones. A ella debían enviar representantes México, Brasil, Chile, Ecuador y Nueva Granada, sin olvidar a los Estados Unidos en esta discusión de intereses continentales. Resolvieron los ministros que se reunirían cada tres años nuevos delegados, con poderes suficientes, a interpretar tratados, conciliar y pacificar, reafirmar la virtualidad del régimen político, que amenazaban expediciones de desquite español o de usurpación europea. Si subsistía celosamente la independencia de cada república dentro del armonioso cuadro de una federación moral, se pregonaba, en cambio, la antigua hermandad y se unificaba el derecho de gentes americano.

Ironía de estas juntas periódicas es su impotencia para dar inmediato valor a su lírico entusiasmo. No ratificaron el tratado de 1826, ni el que debía firmarse en 1849 por las naciones convocadas. Sólo Colombia atribuyó eficacia, después de la asamblea de Panamá, a las resoluciones de sus embajadores. Los nuevos

pactos no organizan un continente a despecho de artículos que reconocen a los ciudadanos de las repúblicas, por ellos unidas, los mismos derechos en el territorio de las demás que a los nacionales, es decir, que formulan un *civis americanus sum* para los habitantes del nuevo mundo español. La diplomacia evita querellas de fronteras reconociendo el valor de los antiguos límites coloniales, el *uti possidetis* de 1810 y 1824, que suscitará, en las controversias del siglo, un interminable bizantinismo. En 1856, a otra tentativa de unión continental oponen los estadistas del Sur la necesidad de conservar a Europa en el futuro americano, de proteger su invasión financiera y olvidar, en nombre de los negocios y de sus leyes, la teoría política y el credo revolucionario. Caduca el pensamiento de los congresos y de la unidad de las repúblicas, «lo que para los americanos ha venido a ser un principio y un dogma en que se fundan las glorias de su pasado, su esperanza en el porvenir y su fraternidad en todo tiempo», según la expresión desencantada de un ministro peruano. A la edad romántica sucede, en un nuevo período, la preocupación de concretos intereses, la visión de parciales amenazas, el egoísmo de una razón de patria agresiva y exclusiva. Empero, no ha vencido el particularismo al programa de unificación, y, en 1864, un nuevo peligro, la expedición española contra el Perú y Chile, el bombardeo de sus costas y las proclamas de definido imperialismo agrupan a los representantes de pueblos desorientados en importante asamblea de juristas, políticos, directores de la opinión, para devolver a la familia americana dispersa su unidad y restaurar, en los espíritus inquietos, el prestigio de la antigua concentración. Contra la vieja metrópoli reafirman estos delegados la indiscutible soberanía de América, su fe en la república y en sus magníficos destinos. Atentos al aspecto utilitario de la vinculación internacional, discuten proyectos de intercambio de productos, convenciones postales, acuerdos sobre el curso legal de la moneda.

En este congreso terminan los ensayos de unión americana: el nacionalismo se opone a vagos conatos de federación. Dentro de límites que originan largas disputas crecen pueblos extraños a la antigua comunidad de intereses. A la discordia dentro de las repúblicas corresponde la anarquía internacional, contraria a pactos de acercamiento, celosa y aceda, que en las tentativas de cooperación vislumbra peligros para el pleno ejercicio de la libertad. Quince años después despoja Chile a Bolivia y al Perú de ricos territorios, introduciendo así en el derecho de gentes americano un principio disociador, la conquista. Combatió al lado del Perú el año doliente de la amenaza española, 1864, y funda más tarde, en una guerra de usurpación y desmembramiento, su hegemonía en el Pacífico.

Desaparecen los últimos vestigios de solidaridad política. La misma dura ley europea va a imperar en un continente que obedece a uniformes influencias morales. Subsisten, en tanto, asambleas de especialistas que se proponen unificar el derecho internacional en Montevideo, en 1889, congresos científicos, conferencias sanitarias. Renunciando a formar la gran uni-

dad, política de terco romanticismo, persiguen sinuosamente, con la celebración de menores tratados, la lenta formación de un conglomerado de pueblos semejantes.

En la geografía confusa del continente se señalan ya direcciones contradictorias. No sólo lecciones de violencia, que destruyen la grata paz de los congresos, sino esfuerzos para ingresar en el sistema de las naciones europeas abandonando mediocres prejuicios de alejamiento. Si, en el Norte, ciudades interiores se enorgullecen de su reclusión colonial, en las abiertas regiones del Plata se espera al extranjero que redime, con esfuerzo de prosaico conquistador, a repúblicas aletargadas. Alberdi dirá, como escueto resumen del nuevo evangelio, que en América, «gobernar es poblar». Conviene a la pobreza actual del desierto la abundancia de dominadores, que traen de enérgicas tierras la voluntad de prosperar en un remoto Canaán. Mantener celosamente la originalidad de estas repúblicas equivale a alejar de ellas al inmigrante y a fijar *ne varietur* los caracteres de su crecimiento. A ella se acercará la América, desdénando ficticios peligros, en vez de fundar, con estados vecinos y extraños, improbables federaciones. El panamericanismo halla en esa tendencia, que se define hasta degenerar en fácil cosmopolitismo, un recio obstáculo a su expansión.

Monroe ha determinado, en su famosa declaración de 1823, los aspectos esenciales del continente autónomo. Frente a viejas civilizaciones y a orgullosas monarquías aparece un mundo joven, débil y doctoral. No quiere, en territorios sin pobladores, colonias, ni acepta, en sus capitales, el fausto de tronos remotos. Difiere de uno a otro lado del Atlántico el sistema político *the political system of the Allied is essentially different in this respect from that of America*: arquitectura de absolutismo, constante intervención contra la libertad. La Santa Alianza aspira a destruir en Europa el gobierno representativo, «incompatible con los principios monárquicos»; la soberanía del pueblo, enemiga del derecho divino: su ideal es «la pasiva obediencia» de la multitud bajo la religiosa majestad de dinastías asociadas. En América, la república es el régimen imperante de Boston a Patagonia, audaz ensayo de un orden de relaciones políticas sin inquisición ni tiranía, trágica experiencia de libertad que degenera en revoluciones; de gobierno que culmina en periódicas dictaduras. Las naciones del Sur se entregan a la aventura republicana, a un ferviente radicalismo; escogen la discordia en vez de la paz impuesta y prefieren la confusión igualitaria a rigurosas jerarquías.

El exceso de influencias extranjeras puede dañar a su incipiente desarrollo político o prolongar, en Ultramar, los métodos de las reyecías europeas, sus intrigas y sus alianzas. Alberdi consagra un libro imponente a demostrar que la revolución fundamental, separando a América de la España impotente y reaccionaria, buscó en Europa príncipes constitucionales y acució pactos de familia en virtud de los cuales ingresaran triunfalmente estados mestizos en el vasto sistema político de Occidente. San Martín y Belgrano, los dos directores argentinos, los ideólogos desventurados, confesaron su fe monárquica. ¿No era el Brasil, imperio de armoniosa organización, ejemplo de estabilidad política para estas inconstantes democracias?

Monroísmo y cosmopolitismo se excluyen en estas primeras décadas de la vida independiente, defensa de inseguras instituciones y protección al emigrante, originalidad de un continente liberal y diplomacia sumisa a las combinaciones de lejanos maquiavelismos. Separándose de los congresos americanos, los Estados Unidos

toleran disolventes ensayos de demagogia y estimulan la intervención de financieros de Europa. En medio de revoluciones y tiranías, se realiza la invasión financiera, lenta penetración del oro inglés, dominio económico, acompañado o seguido, en la Argentina, en México, de barcos guerreros. Y como en las empresas de expansión se juntan la banca y la política, por una contradicción inesperada, el nuevo continente es europeo en sus relaciones comerciales, por las vinculaciones de dependencia que crean los empréstitos, por la inmediata sumisión industrial, y conserva, desde el punto de vista de las instituciones, su agresiva personalidad. De los dos monopolios, el económico, que practicara España hasta los últimos años del siglo XVIII, y el político, a que aspiraron los neosajones, robusteciendo con su influencia y con su ejemplo un régimen naciente, ninguno llegaba a perpetuarse. La infiltración de ideas y productos de Inglaterra y Francia libertaba a las repúblicas españolas de su idílica simplicidad. Enriquecían en perpetuo libre cambio su tradición y sus instituciones.

La república norteamericana no abandona, sin embargo, su antigua voluntad de expansión. Al americanismo indeciso y elocuente, a la retórica de Rousseau y de la Revolución Francesa, que persiste en las democracias hispanoamericanas, opone un activo silencio. Definitivamente constituida después de la guerra de Secesión, apartada de ineficaces debates, próxima a ser potencia mundial, millonaria de hombres, en pleno florecimiento agrícola, en creciente progreso industrial, intervendrá pronto en los negocios americanos. Tutela o magisterio necesario para que pueblos desconcertados afirmen y definan su libertad. En finanzas, en civilización y en experiencia política, viene del Norte la dirección saludable.

Antes de fundar una política de unión americana, los Estados Unidos conquistan un recio movimiento de expansión. Avanzan a dominar el desierto, a crear ciudades en útil aventura e incorporan vecinas provincias a la nación en crecimiento. En 1813, adquieren la Luisiana; en 1819, la Florida, México sufre la dura presión septentrional.

La gran democracia fomenta revoluciones para conquistar provincias en un insidioso y lento despojo. La posesión de Texas satisface la ambición de los Estados del Sur, defensores de la esclavitud: a ese territorio extenderán el régimen en que fundan su poder agrícola. El presidente Jackson, impotente para comprar el territorio codiciado, envía aventureros que dirijan insurrecciones locales.

Primero, la separación de la unidad mexicana, la independencia: Texas la proclama el 2 de marzo de 1836. Santa Ana, caudillo y presidente de la nación amenazada, invade los rebeldes dominios y es derrotado. Desde 1837 solicita la nueva república fundada por los Estados Unidos, su ingreso en la Unión sajona. De Washington se abruma a México con reclamaciones pecuniarias, y aunque el gobierno azteca se afana en satisfacer la ambición yanqui, está ya decretada la usurpación. El tratado de anexión de Texas a la república norteamericana se firma en 1844. La democracia vecina, herida en su integridad y en su unidad, declara la guerra.

Una escuadra norteamericana y un ejército se preparan a defender la conquista realizada. El 13 de mayo de 1846 estallan las hostilidades por la acción del presidente Polk; violenta campaña, en que es ocupada la capital mexicana. A la invasión sucede un tratado de paz (2 de febrero de 1848), que consagra la usurpación de territorios mexicanos: además de Texas, la alta California y el Nuevo México quedan agregados

a la heredad sajona en esta primera crisis de imperialismo.

Medio siglo más tarde, vencedora de España en la guerra quijotesca por la independencia de Cuba, la misma república se anexa a Puerto Rico (1893). Apoderándose de los ferrocarriles mexicanos, su actividad financiera conquista una de esas «esferas de influencia» en que el capital subrepticio prepara los caminos a la futura intervención del gobierno. ¿Dónde se detendrá esta voraz ambición, que va unida al progreso demográfico, a la estabilidad de las instituciones, al avance fabril, el orgullo étnico, a la voluntad de supremacía en un continente inferior? Panamá es el término de tan grave expansión: allí también domina, desde 1903, sobre la vía triunfante que une dos océanos, el genio realista de la imponente democracia. El panamericanismo es, hasta fines del último siglo, sinónimo engañoso de prepotencia, maridaje de naciones regido por la fuerza, sonora agrupación en que los pueblos del Trópico obedecen a las órdenes de Washington y trabajan en provecho de un lejano dictador. Se fundará, en los primeros años de la Nueva Era, una oficina de las repúblicas americanas que inquieta a los escritores del Sur. Como el ministerio de las colonias de Londres, centralizará el disperso movimiento de estados ingobernables, obtendrá garantías para el capital emigrante, revelará al activo financiero la riqueza de sus territorios, el poder del subsuelo y de la fauna, el derecho de hombres rubios en mestizas repúblicas, — biológica primacía acompañada de concesiones de tierras y de prerrogativas bancarias.

En sus futuras relaciones con los pueblos de origen español, hallará siempre la nación tutora la viva memoria del despojo. Afirmando su desinterés territorial, no logra amenguar sentimientos de altiva desconfianza. Los congresos que inspira y dirige están destinados a crear motivos de íntimo acercamiento. Comercio y fraternidad, utilidad y lirismo, en curiosa asociación, razones geográficas y consideraciones políticas revisten al panamericanismo titubeante de nuevos y oportunos aspectos.

Cuando parecía incapaz de asociación la América española, la república sajona la invita a nuevas reuniones. De guerras recientes, en que se ha agotado el heroico esfuerzo del Paraguay y han perdido el Perú y Bolivia provincias que Chile usurpa y conserva, quedan odios vigorosos. Dividiéndose, renunciando a su antiguo equilibrio, busca este mundo inquieto, aquí el despojo, allá la dispersión y la ruina. Un estadista que concilia el deseo de paz con el amor a la expansión moral de Estados Unidos, a su alto magisterio en las dos Américas, Mr. Blaine, ha fracasado en su tentativa para dar a la contienda del Pacífico una amistosa solución, que aleje del Sur la conquista y su impuro legado. Los políticos del Norte se oponen a la mutilación del Perú y de Bolivia, que sería «prueba de que Chile ha entrado por el camino de la agresión y de la conquista con la mira de engrandecimiento territorial». Pero el vencedor rechaza esta justa mediación; «en lo que se refiere a intervenciones, no acepta ni las de Europa ni las de América». Buscaba una paz que consagrara ampliamente de derecho: la voluntad de despojo se convertía, por el empleo engañoso de viejos términos, en razón jurídica.

Coinciden con estas negociaciones de una insegura diplomacia, los planes de unión continental. Visitas a la América española, estudio de su importancia comercial, informes de ministros y cónsules preparan la reunión de una poderosa asamblea de embajadores, en que estarían representadas las repúblicas de abolengo español.

(Continuará)

Fco. GARCÍA CALDERÓN.



CRONICAS DE LA GUERRA



LA RETIRADA ALEMANA EN EL SOMME

Con una tranquilidad extraordinaria e impresionante se ha recibido en París la noticia del formidable avance de Soissons a Bapaume y a Peronne que ha hecho caer en manos de las valientes tropas franco-inglesas no solamente ciudades y aldeas sino toda una serie de posiciones ventajosas donde el enemigo parecía capaz de resistir mucho tiempo.

París sintió desde luego la fiebre de esta espléndida victoria, pero sólo habló de ella con una asombrosa dignidad. Y apenas si se vieron aparecer unas cuantas banderas en algunas ventanas.

¿Cuándo engalanará París sus calles? A esta pregunta contesta el pueblo apretando los puños y con lágrimas de ira en los ojos. Cuando desaparezcan de Francia y queden vengados nuestros muertos y nuestras ruinas.

La marcha de las tropas anglo-francesas ha sido tan rápida y las aldeas han quedado libres tan pronto, que los corresponsales de guerra que seguían a las tropas, no han podido siquiera detenerse en ninguna para describirla. Por otra parte, todas se parecen; todas han sido saqueadas, devastadas hasta las paredes. No existen caminos. Hoyos tremendos provocados por la explosión de las minas, hoyos enormes de diez metros de profundidad, separan en las aldeas los distritos en islotes. El Soma o el Nierre, que corren por allí cerca, han penetrado en los hoyos, transformándose en estanques.

En todas partes el saqueo ha sido organizado salvaje y metódicamente a la manera alemana. Pisos hundidos, tapices rotos; las vajillas, la ropa, los cuadros, los objetos más insignificantes, empaquetados y enviados a Alemania, los muebles quemados o transportados a las trincheras y rotos inmediatamente. A cada habitante le han dejado un jergón, una mesa, una silla, en una palabra lo estrictamente necesario.

Detrás de la acelerada retirada alemana nada resiste. Las llamas cubren el horizonte. Archipiélagos de hermosas aldeas francesas arden y el viento arrastra de la selva de Compiègne a las llanuras del Artois una larga cabellera de humo negro y de relámpagos.

Más de trescientas aldeas han ardido a ras de tierra. Un saqueo metódico ha consumado la ruina de los desventurados habitantes. El corresponsal del *Daily-Mail* en el frente británico ha podido telegrafiar a su diario esta cosa terrible en su realidad: «No queda ni una gallina ni un perro».

Los pozos, en fin, han sido envenenados, sobre todo, en los alrededores de Peronne, con arsénico y otras drogas terribles. Los químicos del gran estado mayor inglés han encontrado en las aguas recogidas en los pozos una dosis de veneno suficiente para matar a todo hombre o caballo que la bebiere.

El combate de artillería ha cesado casi. La caballería francesa e inglesa explora la región en todas direcciones. Los soldados no marchan, corren llenos de alegría, el vientre vacío pero activos, a instalarse en sus nuevas posiciones.

Toda la población corre al encuentro de los vencedores. Se han registrado escenas verdaderamente conmovedoras. Las pobres gentes libres ya del yugo enemigo, lloran de alegría y agitan

todos los girones tricolores que han podido encontrar entre las ruinas y con los cuales hacen informes banderas.

Rodeada de fosos y de murallas antiquísimas, sentada al borde de la ancha cinta de moaré del Soma, Peronne era una de las ciudades más encantadoras de la vieja Francia. Hoy no es más que una devastación, un cementerio de habitaciones humanas horriblemente desfiguradas. Reina allí un profundo silencio interrumpido solamente por el ruido de los derrumbamientos.

El castillo donde Luis XI hizo prisionero, en el siglo XV, al duque de Borgoña, ofrece un triste espectáculo. De las cuatro torrecillas, una ha desaparecido. Las otras están medio derruidas y en un estado lamentable.

Por último, para colmo de tanta ignominia, sobre las ruinas de esta obra maestra que los alemanes han hecho saltar, han amontonado todos los desperdicios, formando un inmundio estercolero.

En un convento vecino, muy antiguo, todo ha sido saqueado. Los árboles seculares del parque y los árboles frutales del jardín han sido cortados o destrozados. Atila no lo hubiese hecho mejor.

El altar mayor de la iglesia tenía escrita la palabra levítica: «Respetad el santuario de Dios». Al leer esta frase imprudente, los boches saltaron la iglesia colocando minas. Pisotearon las cabezas y los cuerpos de las estatuas, rompieron el tabernáculo a puntapiés.

La catedral ha sido destruida. El municipio, que era una joya del siglo XVI, no conserva más que la fachada y en mal estado. El palacio de justicia lo echaron abajo.

Las estatuas han sido reemplazadas por effigies grotescas. Una enorme inscripción coronaba todas estas ruinas, haciendo alarde, en la gran plaza, de su infame ironía: «Nischt argern nur wundern (no incomodarse, admirar solamente).»

Esta es la tarjeta de visita que Alemania ha dejado con estos montones de desperdicios y de excrementos sobre el cadáver de la vieja iglesia asesinada.

Conocidas son las destrucciones sistemáticas que los alemanes realizan en su retirada. Todo el horizonte, al norte del Soma, ha estado cubierto de llamas durante una semana. Alrededor de las ciudades y de las aldeas reconquistadas, en los campos, en los caminos, todos los árboles frutales han sido cortados a ras de tierra. A lo largo de la carretera, los otros árboles han corrido la misma suerte. Estos cadáveres lamentables, con sus ramas desgajadas están ahí tendidos por tierra.

Todas las aldeas de Soissons al Soma, han sido incendiadas. Bapaume, Peronne, Noyon, las antiguas ciudades, han sido destruidas con minas.

Todo esto es sabido. Esto ha llenado las columnas de los diarios del mundo entero. Los de Alemania, en su angustiada situación se regocijan y ven en ello una compensación a su derrota.

Una nota oficiosa enviada de Berlín a los neutrales, no disimula esta alegría irónica. «Es muy natural—dice—que nuestras tropas dejen la banda de terreno que abandonan, en un estado tal, que el enemigo no encuentre allí ningún placer».

El *Post*, de Berlín, añade a estas declaraciones una explicación que producirá su efecto en

el mundo de los bandidos y de los ladrones.

«El comunicado francés—dice el gran diario alemán—declara que hemos incendiado Bapaume y Peronne y haberlas saqueado. Debían más bien agradecernos de haber puesto en seguridad los objetos más preciosos.»

Por último, un gran diario, también, *La Gaceta del Rin y de Westfalia*, órgano de la casa Krupp, dice con más cinismo todavía:

«Los franceses podrán contar con los dedos las ciudades y las aldeas que han libertado. En realidad, no encontrarán ciudades ni aldeas.»

Todo esto lo esperaba Francia. Desde hace mucho tiempo sabe cuantas ruinas pueden acumular el odio y la brutalidad de los soldados alemanes.

Sin embargo, no deja de sentir inquietud pensando en la suerte trágica que le espera a los territorios ocupados todavía. Según los informes que llegan de Alsacia, las autoridades alemanas están trasladando no solamente las preciosas colecciones de los museos y de las bibliotecas sino, además, todo el material de las fábricas y los archivos de las administraciones. El mismo kaiser declaró hace dos años: «Si me veo obligado a devolver la Alsacia y Lorena, la devolveré desnuda como la palma de la mano».

Se puede llegar a la conclusión de que allí donde las tropas alemanas tengan que replegarse, cometerán de Norte a Sur del frente francés los mismos atentados contra la propiedad que en Bapaume, Peronne y Noyon.

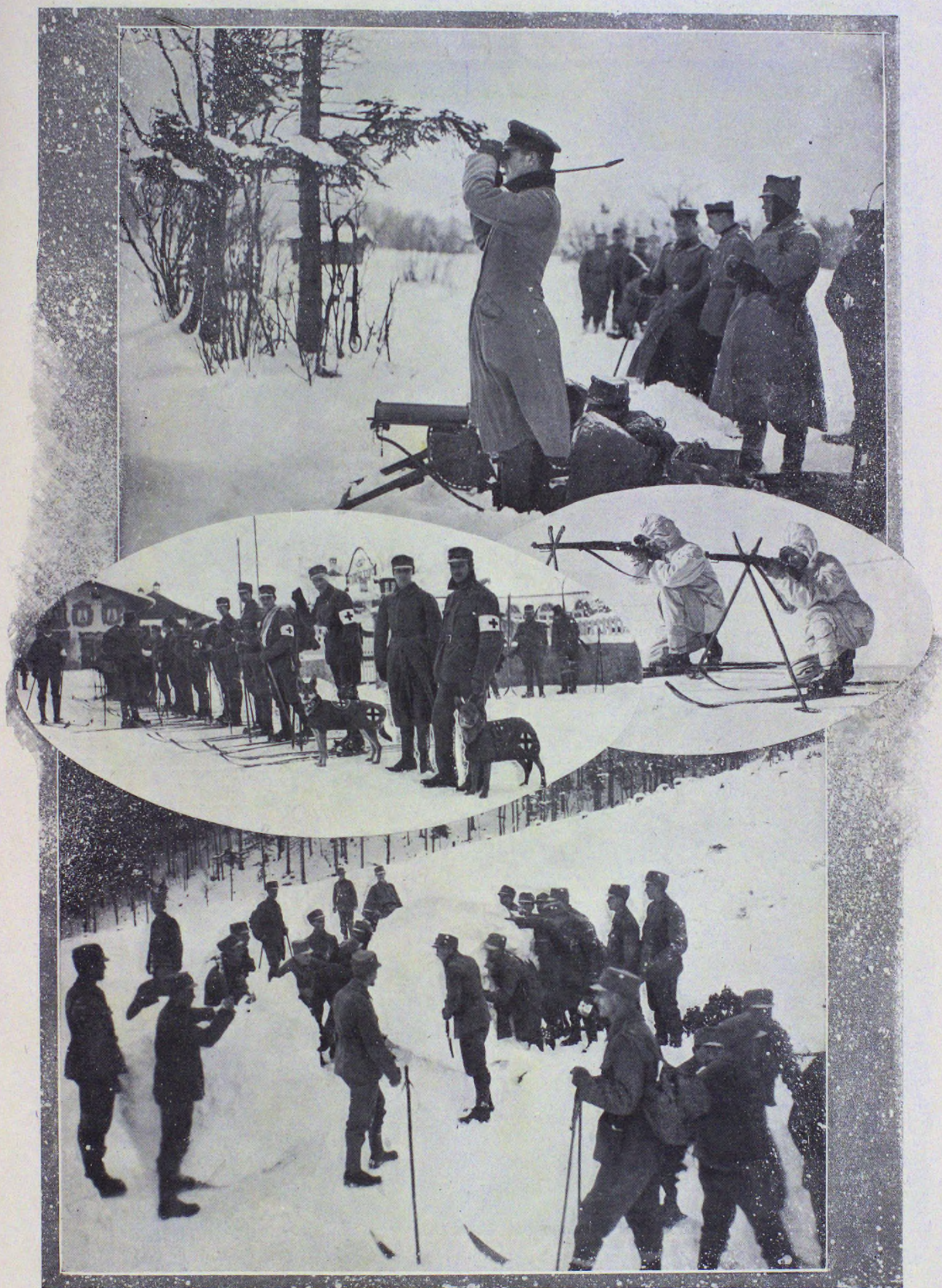
La Gaceta de Francfort, bajo la firma de Kalkschmidt, su corresponsal de guerra en el frente francés, publicó el día mismo en que empezó la retirada alemana en toda la línea de Champaña y del Soma, un significativo artículo anunciando al público alemán las destrucciones sistemáticas de los ejércitos alemanes.

He aquí dicho artículo:

«Nuestro estado mayor ha querido establecer una especie de glacis para los futuros combates. Una vasta zona de devastación se ha creado, que pudiera llamarse zona de guerra en todo lo que ésta tiene de despiadado. Aldeas florecientes, habitadas hasta aquí, campos cultivados, huertas de hortalizas son hoy un montón de cenizas humeantes. Por todas partes he visto soldados que daban el último golpe de mano a la obra. Los magníficos árboles que bordeaban las carreteras francesas yacen por tierra para ser colocados como obstáculo en los caminos.

«Las encrucijadas, los puentes, los canales, las esclusas, están minados y las recámaras de las minas, cargadas. Sin embargo, circulan tranquilamente por los caminos columnas de todas clases, baterías pesadas, furgones de municiones, camiones, automóviles y coches cargados con todo el material de guerra imaginable.

El enemigo no encontrará ni un rollo de alambre ni una brizna de paja, ni una gavilla de forraje, ni una aguja de ferrocarril, ni una pala ni una horquilla, ni una fuente. No encontrará tampoco ni cañones, ni cartuchos ni fusiles. Las columnas de cemento armado para las cañerías de transporte de energía eléctrica han sido derribadas, los cables para la luz eléctrica, para el telégrafo y el teléfono, arrancados. Los campos, al borde de las carreteras, han sido labrados a fin de que la artillería, al encontrar los caminos destruidos, tengan que repararlos».—A. DURAND.



Notas de la guerra europea. — Fotografías tomadas en el teatro de las operaciones el último invierno. — Un destacamento alemán en los Vosgos. — Equipo de la Cruz Roja con sus perros amaestrados. — Tiradores encapuchados de blanco para disimularse en el nevado paisaje. — Soldados alpinos construyendo reparos con nieve.



SEÑORITA DE SANTAMARINA

LA MASCULINIZACIÓN DE LA MUJER

(Para La Ilustración Sud-Americana)

I

De un tiempo a esta parte ha vuelto a ponerse sobre el tapete la eterna cuestión de la emancipación de la mujer y de su masculinización. ¡El feminismo!

Ahora bien: ¿Qué monstruo andrógino es éste de que nos hablan los utópicos feministas y los descabellados defensores a *outrance* de la superioridad de la mujer, los tenaces sabios de pacotilla y los estrepitosos poetas rebeldes, augurando el advenimiento de la futura mujer varonil, que a semejanza del hombre llevará pantalones y demás indumentaria masculina y regirá concienzudamente los destinos del mundo, empuñando no el cetro dominador de la hermosura y de la gracia que hace a la mujer tan poderosa, sino las duras y solemnes riendas del Estado?... El Cielo nos valga: ¿Qué fiestas libristicas se nos preparan!

Si, francamente, la repulsión que sentimos por estos monstruos marimachos sólo es comparable al desprecio que nos inspiran los hombres afeminados. Porque «hay para odiar — como dice Voltaire — a esas mujeres que son hombrunas y caballerescas, que se vanaglorian de tener el valor del sexo fuerte sin poseer los atractivos del sexo femenino, sin pertenecer ni a un sexo ni a otro...».

¡Ay de la mujer que pretenda por la exterioridad de sus actos o por su actuación social salirse de sí misma! Al invadir las prerrogativas del otro sexo perderán los encantos del propio.

Lo que hace adorable a la mujer es la feminidad, no la masculinidad. Y la feminidad tiene estos siete nombres: belleza, gracia, elegancia, bondad, naturalidad, jovialidad (juventud) y humildad (honestidad, obediencia, ingenuidad). Estas siete virtudes, entre físicas y morales, espirituales y sociales, constituyen los siete colores poéticos del arco iris de sus inefables encantos.

Sir Ricardo Steele, dijo: «La mujer debe distinguirse por un tierno temor y una inferioridad que la hace encantadora».

Y después que vengan las mujeres con su emancipación y el derecho al sufragismo! Que se aprendan de memoria las palabras del cardinal Gibbons, arzobispo de Baltimore, quien al oponerse a que se conceda a la mujer el derecho de sufragio, en un mensaje dirigido a la Asociación Nacional, dijo: «La influencia superior que ejerce la mujer como soberana del reino doméstico, donde gobierna, no por la fuerza, sino por la persuasión, y no por las leyes estatuidas, sino por la ley de amor grabada en los corazones, me obliga a creer que su estado no mejorará si entra ella en la vida política. La insistencia sobre su derecho a votar la despojará de todo lo que es amable, atractivo y tierno, dándole el atrevimiento y el descaro masculino».

Eso es. La mujer debe ser delicada como el hombre debe ser varonil. Amamos a la mujer, mujer y al hombre, hombre.

Cualquier inversión psicológica o física de estos términos, desequilibra el factor de nuestra admiración y de nuestros sentimientos hacia esa bella mitad del género humano.

Por eso despreciamos tanto al hombre femenino como a la mujer hombruna. Porque la mujer no debe ser más que mujer: ni deportivo-

men ni erudita; y deja de pertenecer a su sexo cultivando el espíritu de la fuerza y la fuerza del espíritu.

¿Cómo se conoce — oh, si — que son las mujeres feas y sin gracia — verdaderos basiliscos, furias y energúmenos — las que propician este movimiento revolucionario! Las que no pudiendo esperar nada de su sexo, pretenden pasarse al terreno del otro, en su temerario avatar de emancipación.

Por nuestra parte, no deseamos en absoluto la esclavitud de la mujer. No somos verdugos ni tiranos porque no seamos feministas. Pero estamos tan lejos de desear que la mujer se masculinice como que se le esclavice. Que se le den alas, en buena hora. ¡Pero no alas de condor, sino alas de ángel!...

El triunfo del feminismo equivale a la derrota de la feminidad. La libertad que le conceda el feminismo, no alterará sus encantos, pero sí los disminuirá.

II

Los defensores a *outrance* de la intelectualidad de la mujer, cuya generosa temeridad llega hasta el extremo de compararla con la intelectualidad del hombre, creen que gracias a la guerra europea se han cumplido las hermosas profecías que tenían anunciadas diciendo que algún día demostraría la mujer de lo que es capaz en el orden físico, moral e intelectual. Y este momento psicológico ha llegado, según ellos. En efecto: dicen que la mujer no ha tardado en demostrar su valer llenando los puestos que venían desempeñando los hombres; puestos que el sexo fuerte ha tenido que abandonar para ir a pelear a las trincheras.

Pues bien: cierto es que la mujer está actualmente desempeñando puestos que antes de la guerra nadie sospechara que podría desempeñar el sexo débil; pero si nadie duda que esos cargos en las fábricas de municiones o en los servicios públicos son desempeñados corretísimamente, tampoco nadie nos probará que esos menesteres requieran cualidades notables de intelectualidad, si se exceptúan paciencia, celo y contracción, virtudes que nos complacemos en reconocer al bello sexo.

Nosotros no pretendemos, como jamás hemos pretendido argumentar, que la mujer no se iguale al hombre en fortaleza moral: por el contrario le reconocemos que es igual y a veces superior al hombre para sufrir y sacrificarse; pero lo que nadie podrá demostrarnos es que la mujer (en regla general) pueda compararse con el hombre por sus dotes intelectuales, sencillamente porque no los posee. La legislación que cada día se perfecciona, como todas las cosas, siguiendo el curso fatal del progreso, podrá conceder a la mujer libertades extraordinarias y derechos amplísimos, después que se haya podido mucho la hojarasca del prejuicio; pero lo que la legislación ni el progreso podrá concederle jamás será talento, porque si puede reformar su vida no podrá nunca reformar su cerebro. Este órgano no puede sufrir transformaciones vitales como las sufren los códigos.

La decantada esclavitud, y la educación e instrucción erróneas y mezquinas de que nos hablan siempre los esforzados paladines de la superioridad de la mujer, cuando arguyen que por culpa de ese estado salvaje y anacrónico de cosas la mujer no ha podido demostrar ni podrá

demostrar nunca mayores condiciones de intelectualidad, no pasa de ser un argumento absurdo y desesperado a que echan mano los heroicos defensores de la tan debatida cuestión de la superioridad femenil, para probar con sofismas lo que jamás podrán probar con hechos y argumentos irrefutables. Digan lo que quieran J. Novicow y Severo Catalina, a este respecto.

Intelectualmente, la mujer es un ser mediocre; la más grande libertad que puede concederle la sociedad y la legislación, la educación más exquisita, la instrucción más liberal, no agregarán un ápice de materia gris a su cerebro.

La frase de que el «sexo distinto no destruye el género porque ambos son humanidad» no deja de ser un argumento ingenuo, porque también el olmo es tan árbol como el peral y sin embargo no da peras por eso. Asimismo, argumentando que con una educación mejor la mujer podrá producir grandes obras, equivale a decir que si un olmo estuviese bien cuidado y con buena tierra daría tantas peras como un peral. Así, pues, como cada árbol da sus frutos cada sexo da los suyos.

Al considerar así a la mujer no es que la juzguemos con un concepto de poetas; la juzgamos, sencillamente, como psicólogos, conscientes de la verdadera misión que debe llenar la mujer sobre la tierra, no de la temeraria misión que se le quiere hacer llenar.

Y en cuanto a la mujer artista, bastará un sólo argumento para destruir la teatral corona de laurel con que se quiere aureolar sus delicadas sienes.

En efecto: el argumento más formidable que se puede esgrimir contra su mediocridad intelectual, después de su impotencia para crear la belleza, es el de su notoria incapacidad para comprenderla y asimilarla. Así, si es mediocre como artista, no lo es menos como lectora o crítica.

III

Para terminar leamos algunas opiniones sobre la intelectualidad de la mujer. Pedro José Proudhon, en su obra «La mujer», capítulo XI, dice:

«Hemos solicitado del ministerio del Comercio un informe que acreditase la intervención de las mujeres en los inventos sancionados oficialmente; he aquí lo que se ha contestado a nuestra consulta: Desde el 1º de julio de 1791, en cuya época se declaró vigente la ley sobre patentes de invención, hasta el 1º de octubre de 1856, es decir, en 65 años y tres meses, el gobierno ha expedido 54.108 (cincuenta y cuatro mil, ciento ocho) patentes así de inventos como de perfeccionamientos. Entre este número solamente cinco o seis (5 ó 6) han recaído sobre mujeres por artículos de moda y novedades».

Y más adelante:

«La mujer-autor no existe; es una contradicción. La misión de la mujer en el orden literario es paralela a la que desempeña en esfera fabril; empléase allí donde huelga el genio, como una aguja, como una bobina».

Por su parte, Arturo Schopenhauer, se expresa así sobre la intelectualidad de la mujer: «Las mujeres no tienen el sentimiento ni la inteligencia de la música, así como tampoco de la poesía y las artes plásticas. En ella todo es pura imitación, puro pretexto, pura afectación explotada por su deseo de agradar».

De Juan Jacobo Rousseau:

«Las mujeres en general no aman ningún arte; no son inteligentes y no tienen ningún genio».

De Teófilo Gautier:

«Las mujeres tienen el sentimiento de la moda, pero no el sentimiento de lo bello».

Y para que no se nos tache de parciales, acusándonos de que invocamos opiniones de hombres — aunque las manifestaciones de la verdad no tienen sexo ni lo reconocen — apelaremos al juicio de una mujer, al juicio de Daniela Stern, que en sus «Esquises morales», dice:

«El genio femenino nunca escala, aun en sus manifestaciones más brillantes, los supremos peldaños del pensamiento: quédase, si vale la frase, rezagado en mitad del camino. La humanidad no debe a las mujeres ningún descubrimiento digno de especial mérito, ni siquiera un invento útil. Ellas forman en segundo término, no sólo en las ciencias y en la filosofía, sino también en las artes, para cuyo ejercicio se hallan dotadas de felicísimas disposiciones; aun en esta esfera, digo, no produce ninguna obra notable. No quiero hablar aquí de Homero, ni de Fídias, ni de Dante, ni de Shakespeare, ni de Molière; ni siquiera de Corregio, ni Donatello, ni Delille, ni Grétry han sido igualados por las mujeres.» De opiniones como estas, nacidas de la verdad de la observación y ajenas, por lo tanto, al espíritu de galantería, que ha hecho a la mujer, más daño con su adulación que la linfa del lago a Narciso, podríamos llenar un volumen, pero no queremos pecar de redundancia.

IV

Naturalmente, después de todo lo dicho hasta aquí, y volviendo a la mujer literata que hemos hecho mención en la primera parte, nosotros no recomendamos a las poetisas que se arrojen de cabeza al mar como lo hizo en otros tiempos la desesperada Safo; nos contentamos (porque somos la prudencia misma) con que arrojen la lira, como Polícrates arrojó su anillo a la onda pérfida sin tirarse tras él. En una palabra: arrojándola demostrarán más talento que pulsándola. Que inspiren, pero que no se inspiren.

Y con respecto a las que no siendo poetisas deliran con la emancipación de su sexo, abogando para que empuñen sino las cuerdas de la lira por lo menos las riendas del Estado como legisladoras, nosotros le suplicamos encarecidamente que abandonen sin titubear este proyecto temerario, porque podría suceder que se volviera a repetir la mitológica catástrofe que le ocurrió al impaciente Faetón al pretender dirigir el carro de Apolo. Sí, que abandonen esos temerarios proyectos, y en teniendo hijos que imiten a Cornelia, la sublime madre de los Gracos, que se enorgullecía de los propios diciéndoles de ellos que eran sus mejores joyas. ¡He ahí la verdadera mujer! ¡Que se miren en ese espejo y que la imiten!

Que nos reserven a nosotros los hombres el derecho de derramar por su belleza los lirios a manos llenas. *Manibus date libia plenis.*

Los dedos delicados de la mujer, que tienen el matiz de la aurora, la transparencia del pétalo y su fragilidad, no están destinados para pulsar las bronceadas cuerdas de la lira heptacorde: que se convengan de ello. Con que toquen el arpa, es bastante. Ya se encargarán los poetas varones, al cantarlas, en tocar la lira por ellas... ¡Y hasta se nos figura que los céfiro amables harán vibrar melodiosamente sus cuerdas invisibles, como las del arpa eólica, elevando el místico himno que toda la Naturaleza, desde el astro hasta el ave, levanta al paso leve y cadencioso de la Mujer!...

JAIME M. OLOMBRADA.

Mayo de 1917.

Un recurso ingenioso

Juan Bautista Montanchen, un montañés pobre, pero laborioso y económico, había conseguido juntar 500 francos, una verdadera fortuna para él. Era receloso, sentía el constante temor de que alguien le robara. Por eso, en vez de colocar su dinero en cualquier cosa que pudiera rendirle fruto, prefería esconderlo, ingenándose de mil maneras para disimular el escondrijo donde ocultaba su pequeño tesoro. Ya no sabía donde ponerlo: siempre inquieto, desconfiado, cambiaba todos los días de escondite.

Después de cavilar durante mucho tiempo para encontrar un lugar seguro donde guardar sus 500 francos, dijo un día a su mujer:

— Escucha, tengo una idea. En el corralillo vecino a nuestra casa hay un corpulento manzano y junto a él un agujero a cuyo fondo llega difícilmente el brazo. Es un gran sitio; ninguno sospechará.

La mujer aprobó. Y sin pérdida de tiempo, los cónyuges escondieron su tesoro en el sitio elegido, cubriéndolo después con musgo. Todos los días, con aire de absoluta indiferencia, Juan Bautista paseábase en torno del árbol para observar si todo se hallaba intacto. El no perdía de vista a su vecino Martinón, que espiaba con disimulo las idas y venidas de Juan. Una tarde este observó, alarmadísimo, que el musgo que cubría el agujero había sido removido; lo levantó, metió el brazo angustiosamente e imaginó su sorpresa... ¡El dinero había desaparecido!

Es imposible describir su desesperación. Durante la noche él y la mujer lloraron y se desesperaron ante su gran desgracia.

— No puede haber sido otro que Martinón — dijo él. — Estoy seguro...

— Entonces es inútil llorar y lamentarse — añadió ella. — Da parte de lo ocurrido y que le prendan.

— ¿Cómo? Perderemos el tiempo. Si yo le acuso, él se hará de nuevas y dirá que no sabe nada.

Pasó un rato. Juan Bautista dióse una palmada en la frente.

— ¡Una idea! — dijo. — Déjame a mí: Martinón nos dará el dinero.

Al domingo siguiente, Juan Bautista se presentó en la taberna que frecuentaba su vecino. No se había equivocado. Allí estaba Martinón jugando a las cartas. Delante tenía una botella de vino añejo. Juan Bautista mostró interés en ser de la partida, y mientras jugaba, continuamente ocupábase de que bebiere su vecino, dejándole ganar para que estuviese de buen humor. Al anochecer, Martinón estaba ya borracho.

— Vamos a comer — dijo, alzándose muy contento.

— Vamos — repuso Juan Bautista. — Yo te acompaño, y así se nos hará el camino más agradable.

Cuando anduvieron un buen rato, Juan Bautista, dijo:

— Tengo que pedirte un favor.

— ¿A mí? Todo cuanto tú quieras y esté en mi mano, no siendo dinero, ni cosa que lo valga — exclamó Martinón, riendo sonoramente.

— No se trata de dinero. Es un consejo.

— ¿Un consejo? Con mucho gusto — repuso Martinón, titubeante.

— He advertido hace mucho tiempo que tú eres un hombre de buen sentido, prudente y práctico.

— De consejos puedo darte todos los que tú quieras.

— Yo tengo necesidad de confiarte un secreto; pero prométeme que no se lo has de decir a nadie.

— Te lo prometo.

— Bien. Escucha. Yo tengo 1000 francos, producto de mis economías. Quisiera colocarlos en lugar seguro, y ese es el consejo que quiero que me des.

— ¡Caramba! es una cosa seria efectivamente.

— Yo tengo ya 500 francos que he escondido en un árbol donde nadie podrá encontrarlos; y ahora te pregunto yo: ¿debo depositarlos en el mismo sitio?

— ¡Demonio! Has hecho bien en pedirme consejo. No vaciles: mete los 1000 francos donde tienes los otros, y no te preocupes. Si tuviera yo ese dinero, habría hecho lo mismo que tú; pero, desgraciadamente, no lo tengo.

— Perfectamente, guardaré los 1000 francos con los otros 500; pero, por Dios, no vayas a decirselo a nadie.

— Descuida, hombre, descuida.

Juan Bautista despidióse de su vecino y entró en su casa. A la mañana siguiente se dirigió al lugar del escondite: su astucia dió en seguro resultado. En el fondo del agujero estaban los 500 francos. Juan Bautista los retiró prontamente. A la noche, cuando Martinón, confiado, seguro del golpe, metió la mano en el escondrijo, sólo halló un papel en el que Juan Bautista había escrito estas palabras que Martinón leyó a la luz de la luna:

«He cambiado de idea, el escondite no era seguro».

Martinón se quedó estupefacto.

LUIS GABALDÓN.

HISTORIAS VIENESAS

A pesar de la guerra, Viena no ha perdido su ánimo. *El Carnet de la Semaine*, de París, refiere que en el mes de febrero último se representaba en Viena, en el «Cabaret Femina», una revista en la cual se desarrollaba la escena siguiente.

El Dios padre hacía comparecer ante su barba eterna a los soberanos de los estados beligerantes y le preguntó a cada uno de ellos:

— Díme lo que deseas.

Ante este tuteo, Guillermo II respondió:

— Quiero ser el dueño del mundo.

El rey Jorge, de Inglaterra, dijo:

— Deseo el dominio de los mares.

Poincaré afirmó:

— Quiero la Alsacia y la Lorena.

Y el rey Alberto, de Bélgica, murmuró modestamente:

— Yo no reclamé más que la felicidad de mi pueblo.

Y cuando llegó el instante de que Francisco José tomara la palabra, tímido, pálido, vacilante, se volvió hacia Guillermo II y le preguntó:

— ¿Y yo, primo, que debo responder?

El pueblo de Viena amaba mucho a su anciano emperador. No obstante se refería que si la generosidad de Francisco José dejaba a veces mucho que desear, para su familia no ocurría; en cambio, otro tanto con su severidad. Francisco José tenía una inmensa fortuna personal. De su bolsillo particular tenía que facilitar dinero a toda la horda de archiduques y archiduquesas de Austria y pagar muy amenuado sus deudas. Pero todo el mundo, en la Corte, tenía a este anciano, que jamás bromeaba y con facilidad corregía. A veces, cuando el emperador tenía quejas de alguno de sus sobrinos, no retrocedía delante de un castigo corporal y los salones de Schoenbrunn retemblaron muchas veces al ruido de las bofetadas asestadas sobre las mejillas de los archiduques confusos.



ARTE TEATRAL



LA TEMPORADA LIRICA

Con «El Caballero de la Rosa», la ópera que fué uno de los éxitos de la temporada lírica del año anterior, se inició en el Colón, la temporada lírica. La iniciación, brillante y auspiciosa, afirmó los buenos juicios adelantados sobre el éxito de la temporada, dando ocasión al público porteño para volver a aplaudir a artistas que han dejado prestigioso recuerdo en nuestro primer coliseo.

La expectativa, empero, se había concentrado en torno del estreno de la última ópera de Puccini «La Rondine» («La Golondrina»), indicada como una de las novedades más resaltantes de la temporada. Así fué que la noche señalada para el estreno, la sala del Colón se hallaba desbordante y con esa nerviosa inquietud que precede la revelación de una emoción nueva.

«La Rondine» fué puesta en escena con toda propiedad. Ensayos cuidadosos y especial preocupación de todos los artistas que intervenían en su interpretación aseguraban una representación irreproachable. Así fué: Gilda dalla Rizza, la excelente cantante cuyos progresos, año por año, son evidentes, desempeñó brillantemente su papel de Magda, haciendo gala de extraordinarios recursos vocales; juego escénico y seguridad de interpretación. El tenor Nesi, la señorita Mármora, el tenor norteamericano Hackett, cuya presentación ha sido bien recibida por nuestro público, la acompañaron eficazmente en su labor, así como también el bajo Melocchi y la señora Giacomini, que estuvieron muy acertados en sus papeles. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de los artistas y del magnífico y lujoso decorado, «La Rondine» no agradó mayormente. Se esperaba, sin duda, una obra superior, que señalase un progreso sobre las otras que ya ha creado Puccini y que le han valido la popularidad de que goza.

«La Rondine», por su argumento y por la pobreza musical que acusa, desarrollada sobre cuatro motivos que hacen recordar a «Tosca», del mismo compositor, es una ópera inferior. Puccini ha sacrificado, en ella, la verdadera belleza del arte en aras de un sentimentalismo que, por lo banal, no salva siquiera la obra. Sin duda, algunas de las romanzas se popularizarán, por ser fáciles y melódicas, pero eso no es, precisamente, un triunfo para un maestro que tiene por hacer aún su obra maestra. «Tosca», «Bohème», resultan muy superiores a «La Rondine» y tienen más riqueza de imaginación, de inventiva y de arte.

El jueves último se puso en escena «Manón», de Massenet. La hermosa ópera, que tan bien conoce nuestro público y que siempre oye con agrado por la belleza de sus situaciones y de su música, se esperaba con interés, pues en ella debía hacer su presentación el tenor Francell, contratado, como se sabe, por la empresa, para reemplazar a Muratore.

La sala estaba favorablemente dispuesta para aplaudir al tenor francés, de quien tan halagüeños juicios se habían adelantado, así es que, al aparecer en escena, auspiciosos aplausos lo saludaron. El tenor Francell, empero, no

El fracaso del tenor Francell ha dado lugar a una curiosa incidencia, del todo ajena al arte. Como se sabe, el gobierno francés lo licenció del servicio militar para que hiciera una gira de propaganda artística por Sud América. Con ese objeto pasó de la trinchera a la escena lírica.

Ahora bien; su fracaso y el poco calor—bien explicable—con que ha sido recibida su interpretación artística, parece que ha levantado ciertas nerviosidades en la diplomacia, que teme que en Francia se reciba o se interprete mal la actitud de nuestro público. Es curioso, verdaderamente, el incidente y fuera también increíble de no haberse exteriorizado ciertas gestiones diplomáticas en torno de él y que motivaron la incertidumbre sobre si el domingo 3 de junio se daría nuevamente «Manón» o «Sansón y Dalila» en el Colón.

Al representarse «Manón» fueron muy aplaudidas la señora Vallín Pardo, que tan excelente impresión dejara entre nosotros el año pasado y Crabee y Journet que se desempeñaron con todo éxito. El maestro Marinuzzi recibió también su cosecha de aplausos por su acertada dirección.

En las próximas funciones, la empresa, deseosa de desarrollar un programa interesante, dará a conocer algunas novedades.

Se estrenará «L'Etranger», del maestro francés Vicente D'Indy, que se asegura será todo un acontecimiento artístico. También se estrenará «Ardid de amor», de Pedrell, producción que ha sido juzgada muy favorablemente.

Teniendo en cuenta la importancia de la obra del maestro D'Indy, así como las dificultades que pueda haber en su comprensión, el presidente de la Sociedad Nacional de Música, señor Andree, dará en la semana en que haya de estrenarse «L'Etranger», una conferencia en el teatro Colón, para que el público conozca la obra y la personalidad de su autor. En dicha conferencia se describirá la intención, el plan y el alcance artístico de la ópera del maestro D'Indy y se hará el estudio de la producción del eminente músico francés. Al mismo tiempo, para dar una impresión

más acabada, los intérpretes que tendrán a su cargo los papeles principales, Mme. Vallín Pardo y Journet, cantarán varios trozos destacados de «L'Etranger».

Para la semana próxima se espera la llegada de la señora Barrientos y del tenor Caruso, quienes se han embarcado a principios de este mes, en Nueva York, con destino a nuestro puerto. Ambos artistas debutarán en breve.



LA APLAUDIDA SOPRANO GILDA DELLA RIZZA, DE LA COMPAÑÍA LÍRICA QUE ACTÚA EN EL COLÓN

satisfizo la expectativa. Pronto se echó de ver que, aún cuando posee buenas condiciones escénicas, interpretando con desenvoltura, no tiene recursos de voz, la que llega a ser desagradable cuando el señor Francell esfuerza sus notas. El público, discreto, aún cuando no pasó desapercibida su decepción, lo aplaudió en algunos pasajes, con espíritu de alentarle y para ahogar algunos siseos que comenzaban a exteriorizarse.

LIBROS NUEVOS Y VIEJOS

RESEÑA Y CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

HISTORIAS DEL TIEMPO PASADO

DE PERRAULT

¿Los cuentos de Perrault?... Los propios, los auténticos, los legítimos cuentos de Perrault. ¿Qué hay con eso?... Nadie negará que se trata de una obra famosa. Ni que merece la fama de que disfruta. ¿Que son tales cuentos sólo para niños?... No por cierto. ¡Encierran enseñanzas que a los grandes pueden servir! ¿Qué os los contó vuestra buena mamá o vuestra excelente abuelita cuando teníais tres o cuatro años?... Pues razón de más para que os los recuerde yo ahora. No os desagradará ciertamente, volviendo río arriba, remontaros hasta los primeros pasos del curso de vuestro vivir, junto a las orillas floridas, sobre los remansos soñadores... ¡Ved de lograrlo con mi evocación!

¡Los cuentos de Perrault!... «Caperucita roja», «La bella del bosque dormido», «Pulgarcito», «Barba azul», «La cenicienta», «El gato con botas», «Riquet el del copete», «Las hadas». Los escribió un sabio, que era académico y todo. ¿Verdad que parece mentira?... Se los dedicó a una princesa, además. ¿Qué cosas más raras ¡eh?... Carlos Perrault escribió estas «Historias del tiempo pasado», encantadoras por su naturalidad, su corrección y su

sencillez, tras de haber ingresado en la Academia de Inscripciones y en la Academia Francesa. Y estas «Historias del tiempo pasado» llevaron en su primera página, en la que servía de pórtico a tantas otras tan delicadas, tan suaves, tan dulces el nombre de «Mademoiselle» aquella hija del duque de Orleans, hermano de Luis XIII, que fué gorda, hombruna e irascible.

Verdad es que Perrault firmó su obra con el pseudónimo de Darmancour, familiar apelativo de su hijo, tierna criatura de diez años, y que en la dedicatoria trata a la vieja «Mademoiselle» como si tuviese esa misma edad y fuera una princesa no real, sino soñada. Con esa doble ficción se escribió y se dedicó el libro famoso de que voy a hablarlos y de que me vais a oír. Acaso a tal ficción se deba la mayor parte del encanto de esos cuentos. Finjamos también nosotros. Supondremos que sois vosotras—codiciadas lectoras, lectores arrogantes—cándidas niñas e inocentes muchachos, y que soy yo—cualquier cosa menos la que tengo la desgracia de ser—lo que más os guste, un viejo y amable asistente o una joven y robusta nodriza. Y ahora, atended.

A «Caperucita roja» todo el mundo la llamaba así porque usaba un gorrito encarnado que la sentaba muy bien. Iba la niña un día por el campo, camino de casa de su abuelita, para

llevar a la pobre anciana una torta de anís y una orcita de manteca. Se encontró «Caperucita» con el lobo, y se paró a hablarle y le contó dónde y a qué se dirigía. Enterado el lobo se adelantó a la niña.

Entró en casa de la abuela y se la tragó. Luego, metido en cama de la vieja, esperó a «Caperucita». Y cuando llegó la niña se la tragó también. No os detengais con los desconocidos ni les contéis vuestros proyectos. ¡Hay lobos que acechan en el camino de la vida y que devoran a los infelices que confían en ellos!...

«La bella del bosque dormido» fué una princesa condenada a morir en la doncellez. Maligna hechicera decretó que al cumplir los quince años se atravesase la mano con un huso y sucumbiese. Pero un hada buena cambió la sentencia por otra más clemente. La princesa no mo-

rirá, aunque, eso sí, permanecería dormida cien años. Así sucedió. Hirióse la princesa con el huso y cayó en profundo sueño. Con ella durmieron sus camaristas, sus chambelanes y sus guardias. Durmió también, cerrando sus ramajes como inmensos párpados, el bosque que rodeaba el castillo de la «Bella durmiente». Cien años pasaron así. Mas, a su término, un arrogante príncipe se abrió paso por el bosque, entró en el castillo y llegó hasta la alcoba donde acababa de despertar la princesa. La vió, la amó y se casó con ella. Esperad, doncellitas, tranquilamente el príncipe que ha de haceros dichosas. Esperadle aunque sea durante un siglo, que, al cabo llegará.

¿Qué feo era «Riquet»? Lo menos desagradable de su persona era un horrible copete de cabellos rubios que se le alzaba rebelde en medio de la cabeza calva. «Riquet, el del copete», era horroroso. Tenía el talle torcido, las piernas vueltas, la boca hundida, los ojos bizcos. Era un monstruo. Su madre cuando le vió momentos después de darle a luz, estuvo a punto de perecer. Su padre quiso tirarle por la ventana. Por eso «Riquet, el del copete», no se presentaba nunca en público y vivía solitario en un bosque sombrío. Mas fué que un hada le dijo que sería bello si alguna mujer bella consentía en amarlo. «Riquet» se atrevió así a pedir compasión. Se dirigió a la más linda princesa que había en los contornos y la dijo que le amase, porque si le amaba se tornaría hermoso. Y la princesa le amó y al punto le vió bellísimo. ¿Un milagro? Sí, un milagro del mago amor. Para quien ama, el ser amado es bello como los ángeles, aunque tenga torcida la espina dorsal las piernas vueltas, la boca hundida y los ojos bizcos. No desesperéis de ser hermosos, si sois amados, más que seais tan feos como «Riquet, el del copete».

«Las hadas» que habitan el bosque premian y castigan, respectivamente, a una niña buena y a una chiquilla mala. Eran dos hermanas, una complaciente y amable, y otra, intranquilete y aborrecible. Fué la primera a la fuente por agua y encontró a cierta viejecita astrosa y ruin que le pidió un trago por amor de Dios. Díoselo la niña, y díjola agradecida la vieja que a cada palabra que pronunciase saldrían de su boca un diamante y una flor. Sucedió así. Viéndolo la madre, envió camino de la fuente a la segunda hermana. Esperaba ésta a la vieja astrosa y ruin; pero como quien la pidió un sorbo que calmase su sed fué una joven elegante y magnífica, negóse la mala muchacha a darlo. Y díjola entonces la joven que por cada palabra que pronunciara saldrían de su boca un sapo y una culebra. Así sucedió. De este modo premian y castigan «Las hadas», que son unas veces pobres y viejas y otras ricas y jóvenes. ¡A unos y otros hay que respetar y temer!

Pero, ¿os aburrís?... ¿No queréis que os cuente las hazañas del «Gato con botas», ni las aventuras de «Pulgarcito», ni la historia de «La Cenicienta»?... ¿Es posible que os hagan bostezar los cuentos que Perrault fijó para siempre como primer texto en que los pequeños seres humanos aprendan las más elementales lecciones de la vida?... ¿No ha resultado la evocación con que intenté llevaros río arriba?

LUIS DE OTEYZA.



PERFUMISTA
POR REAL ORDEN DE S. M.
EL REY GEORGE V.

89, Jermyn Street,
LONDRES,
INGLATERRA.

A. J. Floris

Perfumeria Inglesa.

Perfumes.
Aguas de Tocador.
Polvos de Tocador.
Jabones.
Perfumes para incensar.
Cristales para el Baño.

Enviaré al que lo solicite
Catálogo de mis especiali-
dades de la más alta clase.

DOS HERMANAS

(CUENTO)

La primera vez que fui introducido en la casa del señor Guillermo Merendere, me sentí singularmente turbado por la belleza de su hija menor, Isabel.

A decir verdad, Julia Merendere, la mayor, tenía rasgos más regulares; se parecía, por otra parte, mucho a su madre, que había debido ser muy bonita, pero a quien yo veía bajo las apariencias de una mujer infinitamente tímida y discreta.

Isabel, al contrario, toda juventud y gracia, llamaba la atención por su conversación feliz, un extraordinario ardor de vivir y cierta «causticidad» que yo encontraba encantadora.

Isabel iba a tener 21 años; Julia acababa de cumplir 23; las dos hermanas se amaban tiernamente; pero mientras la primera sólo veía en Juliana algo así como una segunda madre casi tan grave como la otra, ésta persistía en considerar a Isabel como un diablito incorregible, delicioso pero desconcertante, y que se encontraba aún muy lejos del estado de juicio en que una joven casadera debe esperar antes de abrir las puertas de la vida.

Yo he amado siempre las naturalezas tales como la de Isabel; la juvenil fantasía de ésta me atraía y fuimos, en poco tiempo, excelentes

y alegres compañeros. Desde que conocía a los Merenderes, la casa se había transformado; entre Isabel y yo teníamos una gran rivalidad para inventar juegos nuevos y pretextos para salidas y placeres. Juliana nos seguía y tomaba su parte; pero si bien Isabel no sacaba de mi presencia, de mi complicidad sino motivos a una mayor exuberancia, Juliana, con una mirada de sus bellos y tranquilos ojos nos marcaba los justos límites de la conveniencia y parecíamos dos niños desatados bajo la vigilancia de una mamá severa.

Lo que debió suceder, sucedió. Me enamoré de Isabel. La ligereza de su carácter, su brusquedad un tanto varonil, sus gestos espontáneos, sin una nube de coquetería, no me impidieron adivinar en ella la mujer exquisita que sería el día que el amor se hubiera posesionado de su corazón.

Lo que me pareció inmediatamente muy difícil fué el hacérselo saber, pues ella estaba a cien leguas de sospecharlo; comprendí, pues, su estupefacción a mis primeras palabras. Era seguro que ella jamás se habría imaginado que yo, su compañero, pudiese ser un eventual marido. La oía ya responderme con una mueca de enojo: — ¡Qué idea rara!... ¡Estábamos tan bien así!... ¿Sabe usted que esto amenaza nuestras diversiones?

Y, puesto que nada me apuraba, resolví preparar el terreno con todo cuidado.

Pero es sin duda muy difícil para un enamorado disimularse completamente; pues si bien Isabel, en su inocente alegría de vivir no sospechaba mis sentimientos secretos, su hermana, en cambio, los adivinó apenas acababan de nacer y noté que la conmovieron profundamente.

Mientras que yo me había puesto a amar a Isabel sin que la joven lo sospechara, Juliana se había puesto a amarme a mí... y yo me apercibí de ello con estupor.

Para ella, mis asiduidades a la casa y la alegría que yo demostraba no tenían más que un fin: aproximarme a la mayor valiéndome de mi amistad con la más chica.

Y, por otra parte, ¿no era Isabel una chica sin importancia? Juliana, razonable y reposada, era la única de las dos hermanas que podía atraer la atención de un hombre como yo. Isabel se casaría a su vez, después de ella, como era natural, como la costumbre lo había establecido.

Cuando Juliana constató que sus previsiones eran falsas, fué aquello un derrumbe. Y asistí a un espectáculo tanto más atroz cuanto que la pobre joven quería disimular su pena y que fué la primer vez en mi vida que pude contemplar de cerca un gran dolor.

Y este dolor tomó posesión de todos mis pensamientos bruscamente y bruscamente también me sentí atraído hacia ella con más fuerza aún que la de mi seducción por la gracia luminosa y feliz de Isabel. Yo no amaba a Juliana; pero la idea que iba a desesperarla se me hizo al pronto insoportable. ¿No era esto sinó piedad? ¿Ciertos afectos en que el amor no toma parte son más imperiosos que el mismo amor? Sorprendí en los grandes ojos de la joven tal dolor y tan desgarradora resignación que me faltó coraje para proseguir adelante.

Un viaje cuya necesidad exageré me sirvió de pretexto para alejarme durante algún tiempo. Utilizaría ese plazo en reflexionar; pero ya me pareció que estaba pagado mi sacrificio cuando se posó sobre mi la mirada suave y tranquila de Juliana.

Había conservado con Merendere una correspondencia seguida. Había llegado el estío y los Merendere habían hecho un viaje a Suiza y fué de allí que Isabel, en algunas cartas llenas de alegría, me hizo presentir que un muchacho encantador, parecía disponerse a pedir su mano en breve término. La eventualidad la divertía; me hablaba de ello con desprendimiento y si bien parecía dispuesta a aceptar este casamiento, el tono de sus cartas me probaba bien que su corazón era aún libre.

El mío dió un salto dentro de mi pecho. El amor que sentía por Isabel se puso a arder nuevamente. En verdad, había sido demasiado estúpido. ¡Por escrúpulo sentimental, por no dar disgustos a Juliana, iba a dejar escapar la felicidad de mis manos! Arreglaba ya mi valija para ir a combatir a mi adversario y (estaba seguro) derrotarlo, tan irresistible me parecía mi ardor, cuando recibí esta carta de Juliana:

«Querido amigo: — ¡Vuelva usted pronto! Sé que ama usted a Isabel y es probable que en breve se comprometa con otro. ¡Vuelva usted pronto! Quizás esté muy mal que yo le escriba a usted así, pero tengo por usted una gran amistad y esta amistad reflejada ha crecido durante su ausencia.

Me parece que sería culpable si no le previniese a usted esto para que venga a salvar su felicidad. — Juliana».

He vuelto; he asistido al casamiento de Isabel sin la menor emoción y, dentro de ocho días Juliana será mi esposa.

¡Y decir que la admirable criatura vacila aún en creer que me ha conquistado enteramente!

PEDRO VALDEGUE

RESERVADO
PARA LA
COMPAÑIA ITALO-ARGENTINA
DE ELECTRICIDAD

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CORRIENTES 651 BUENOS AIRES
AMBOS TELÉFONOS

EN LA MANIGUA

(Escenas de la vida cubana durante la guerra de la independencia)

«Esperanza era la mayor de las hermanas Fundora. Juanilla contaba dos años menos; quizás andaba por los diez y siete. Ocupaban un lugar en la impedimenta, con el viejo Fundora que, paseando su cabeza bamboleante de gran bestia, hu-meaba por los serones de viandas. Y ahora debo añadir que la impedimenta es el eslabón más curioso de una columna insurrecta. Depósito de todo lo ruinoso y lo débil, almacén ambulante de chiquillos aventureros, de heridos en convalecencia, de rancheros, sanitarios y acemileros que se absorben en pacíficos trajines; rincón de barullo e indisciplina donde se encuentra el avío de coser que nos falta, el trago de aguardiente para nuestros nervios flojos, la refrescante charla femenina que nos pide el espíritu cohibido.

«En nuestro andar errante hacíamos altos de varios días. Se vivía entonces entre murmullos confusos, rasgados por voces de mujeres en rina alrededor del grupo de matarifes que descuartizaban la res sorprendida poco antes. Era este, de la matanza, un momento de sensación que confundía en una misma curiosidad morbosa a soldados y pacíficos. Yo acudía siempre de los

primeros tratando de acercarme al rancho de las mujeres, y éstas, poseídas de una leve fiebre, abrían los ojos oyendo los sordos mujidos para adivinar desde lejos la agonía de la res. Una vez tuve la idea de llevarlas cerca, con un deseo picante de comunicarles mi horror. Y ellas vinieron.

«—¡Ohé Hop! Hihop!... se escuchaba de entre las maniguas caladas de luz.

«La bestia venía rápidamente pataleando sobre la tierra reseca, abriéndose paso con su vasto corpachón por entre los arbustos espinosos; tras ella, teniéndola por una larga soga, corría sin sombrero Ricardo Luján, gozoso en aquel gran juego de su espíritu y de sus músculos, rojo, desmelenado, derramando salud.

«Por fin llegaron al calvo redondel formado en la hierba, de donde una zanja cárdena y vampírea escapaba hasta el río. Luján, adelantándose, llegó hasta un palo recio que se erguía en medio de la tierra pelada, y allí hizo rápidamente un lazo fuerte deteniendo en seco la carrera de la res. Era un toro blanco tocado de lujosas manchas de oro viejo desde la cruz a las agüetas; parándose, con la cabeza doblada a la tensión del lazo, jadeaba rítmicamente, desbordando los ojos, como si no vislumbrara el porqué de aquella persecución y aquel escenario. El sol a plomo, azotaba sus ancas esparciendo nueva luz hasta nuestros refugios de sombra. Una de las mujeres rompió en una risa

convulsa, y el toro estremecido, olfateando la sangre cuajada en el suelo, echó fuera un mugido largo, como si quisiera llevarlo hasta los lejanos corrales, llenos de palpitaciones, del otro lado del palmar.

«Entonces los hombres que ayudaban a Luján, las blancas camisas relucientes en el sol, fueron acortando la cuerda hasta clavar al tronco el testuz ancho y vigoroso. Luján, risueño como un torero en la plaza, sacó un puñal que chispeó en el aire y brindó la res a Esperanza Fundora, cuyos ojos fulguraban. Y súbito, ahorrando tiempo, acaso con un vago miedo, zigzagueó la hoja en el aire y la clavó pesadamente en el cogote duro y veloso.

«Un clamor de protestas y de risas corrió la faena. La res, pateando furiosamente bajo la torpe acometida, logró doblar la cabeza astillando la cornamenta contra el palo que se enrojecía; y ya la posición fué más difícil. Luján, cortado, apretando los lábios, probó un segundo golpe. Pero el cuchillo rodó sacando dos o tres ojales a la piel. Nuevos gritos vibraron en la atmósfera limpia. Juanilla, junto a mí, volvió la cabeza, mirando con débil deseo el techo de su rancho, que apuntaba sobre las maniguas.

«El toro había logrado apartarse un tanto del bramadero, atrojando la cuerda. La cabeza baja, tinto en sangre el cuello fornido, sacaba por un lado un pedazo de lengua amoratada, y diríase que esperaba para huir. Luján, rabiando, los ojos inyectados en sangre, espantoso, rodeaba el cuerpo enorme del animal buscando un nuevo punto para su puñal; el grupo de hombres miraba inmóvil.

«De repente una mujer se adelantó. Era Esperanza, la mayor de las Fundoras. Iba riéndose, doblado el cuerpo en las convulsiones de las carcajadas.

«—¡Muchacha!—gritó Juanilla, incapaz de movimiento.

«—Déjame—dijo la otra.—A ver acá... No será el primero.

«Todas la dejaron el paso. Un deseo egoísta, de acabar la escena, les hacía alegrarse. Tal vez. Hay mujeres para todo.

«Ricardo Luján, al verla llegar, echó un terno.

Ya aquello era una afrenta. Y precipitándose loco sobre la bestia, se cogió a una de sus astas y así hundió dos, tres veces, sin apuntar, la hoja aguda sobre el pescuezo y en la cruz. El toro se revolvió, roncando bajo el dolor, hasta que en un revés supremo se deshizo del asesino arrojándolo como una pelota sobre la hierba quemada. Y atado, pero sin morir, abiertos y pasmados los ojos, sacó la cabeza a lo alto y así bramó con varios gritos roncos y prolongados, pidiendo tal vez auxilio a la justicia bestial de los suyos.

«De pronto el clamor su cortó en su belfo. Esperanza, risueña y ágil, había recogido el puñal del suelo, y sedosamente, sin ruido, y apuntando un momento a la nuca inmóvil, había descargado el golpe decisivo. La res doblegó la cabeza sobre la flácida papada, parpadeó un segundo, y con un temblor a lo largo de las patas, cayó pesadamente sobre su lecho de sangre.

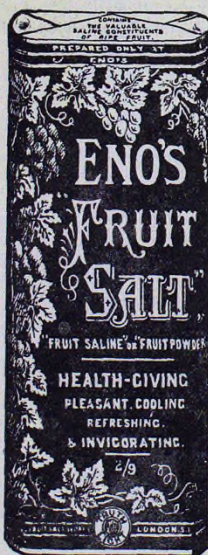
«—¡Bravo!—gritaron alrededor.

«Y Esperanza, felina, tornando a ser mujer, se sentó tranquila sobre el costado enorme del toro y allí gozó, entornando los ojos, la embriaguez salvaje del triunfo.

«Después, cuando volví los ojos fascinados, vi a Juanilla que separándose de las otras mujeres, se pasaba la mano por la frente con un gesto de enfermo. A su lado el coronel, súbitamente aparecido allí, la bromeaba por su miedo, y reía con una risa gruesa, llena de saliva pastosa».

Jesús CASTELLANOS.

DESDE HACE 40 AÑOS la SAL DE FRUTA DE ENO (ENO'S FRUIT SALT)



Ha gozado de la mayor popularidad y ayudado a millones a recuperar la **SALUD**, el **BUEN SEMBLANTE** y el **BIE-NESTAR**.

Es el mejor remedio contra el **ESTREÑIMIENTO**, el exceso biliar, la **INDIGESTION**, los dolores de cabeza, la **IMPUREZA DE LA SANGRE** y el estado febril del organismo.

Tiene un gusto agradable y una acción dulce. Sin régimen especial, sin pérdida de tiempo, nada más que un vaso de **SAL DE FRUTA ENO**. Si se toma cada mañana pronto notareis una gran mejoría en el estado general. La nutrición se vuelve agradable y provechosa, el sueño es ininterrumpido y reparador y se recupera el buen semblante. Le gusta a los niños y pueden tomarlo cada día con seguridad.

**GUARDEN SIEMPRE UN FRASCO
EN LA CASA O VIAJANDO**

Preparado únicamente por J. C. ENO, Ltd., LONDRES

Desconfíese de las imitaciones. Nuestra marca de fábrica está registrada
VÉNDESE EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

NOTAS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

LA CZARINA DESTRONADA

Hija del gran duque de Hesse, y, por su madre, nieta de la reina Victoria de Inglaterra, la emperatriz que la revolución acaba de destronar fué coronada en 1896, en los primeros días de un hermoso mes de mayo. Pero la ceremonia imponente del coronamiento fué turbada por un accidente espantoso que era, según el pueblo ruso, un siniestro presagio.

La muchedumbre se había amasado y se agitaba como un torrente hasta perderse de vista, delante de las tribunas oficiales donde el emperador y la emperatriz debían presentarse. Cuando los soberanos se presentaron, quinientas mil personas se aplastaron delante de las balaustradas. Y ante la vista de la corte, espantada, cuatro mil, siete mil individuos, según las apreciaciones, perecieron asfixiados, aplastados, sin que las músicas lograran apagar el espantoso clamor de la agonía popular.

Entonces tenía veintitres años la emperatriz, una altiva belleza rubia de alemana, una estatura imponente y orgullo en sus ojos claros.

Se contaba de ella que, desde su infancia, se había negado obstinadamente a hablar alemán.

—Yo no hablo más que inglés, contestaba siempre con impaciencia, a los que le dirigían la palabra en la lengua de su padre.

Lo cierto es que antes de la guerra la emperatriz estaba más orgullosa de ser la nieta de la reina Victoria, que de vivir en el «schloss» de Hesse, en medio de los cortesanos del gran duque, su padre.

Según la costumbre, fué en el «Kremlin» de Moscú donde Alix de Hesse y su esposo Nicolás II fueron coronados.

Para dar a la fiesta un inoivable brillo, se habían reunido allí, en la ciudad santa del poderosísimo imperio de los zares, Europa y Asia, al mismo tiempo. Sesenta carrozas doradas, tiradas por caballos blancos, con pajes en los estribos, algunos disfrazados de amorcillos, formaban el cortejo.

Detrás del caballo del emperador venía la carroza de la emperatriz. A través del cristal alzado, Alejandra Fedorovna parecía más bien una figura arrancada de un iconostasio que una figura humana. Pasó en el silencio de la muchedumbre. No la querían. La reprochaban. Le reprochaban que desdénaba el ruso y no hablaba jamás más que inglés.

En cambio, cuando desfiló la carroza de la emperatriz viuda, que constantemente sonreía y saludaba al pueblo, sonó una tempestad de aclamaciones, de gritos de ternura. Y es que ella que amó siempre profundamente al pueblo ruso no ha cesado de ser adorada por la Rusia popular.

Ha pasado el tiempo. La indiferencia de

Desde hace más de un siglo Eau de Cologne Atkinson sigue siendo el perfume favorito de toda la Nobleza de Europa. Es porque en fineza y fragancia penetrante y sutil sobrepasa e incomparable entre cualquier otra marca de Eau de Cologne que se encuentre en el mundo.

Exiga usted siempre la marca Atkinson, pues es garantía de calidad inmejorable.

Eau de Cologne
Atkinson.



SALVEN LA VIDA DE LOS NIÑOS

El Método de Alimentación con el "Mellin"

EL atormentador aumento de la mortalidad infantil y la necesidad nacional de salvar toda vida nueva hacen que la cuestión del crecimiento de los niños resulte más seria que nunca.

Es ahora que el método de alimentación con el "Mellin" debe ser la tabla de salvación de todos los que tienen de criar a los niños con el biberón, pues dicho método hace útil y provechosa la leche fresca de vaca, é infinitas veces ha sido probado que la leche así es preferible á la leche esterilizada ó secada.

Al emplear el Alimento Mellin se conservan los elementos vitales que se hallan solamente en la leche fresca, pero la índole de la leche se modifica de tal modo, que el régimen Mellin responde exactamente á las necesidades de un recién nacido.

El Alimento Mellin

da á la leche fresca de vaca las propiedades de la leche humana.

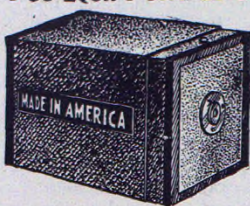
H. W. ROBERTS y C^{ta}, 31, Esmeralda, en Buenos-Aires.

Rusia por la joven czarina ha ido poco a poco tornándose hostilidad. Por otra parte, ella ha hecho todo lo posible por cultivar este odio. En otro tiempo, la emperatriz no hablaba más que en inglés. Cuando la guerra estalló empezó a hablar alemán. Además, en cuanto supo las primeras victorias rusas, se puso un vestido negro con pretexto de que algunos hombres de su familia, de su familia alemana, habían muerto en el campo de batalla. Este gesto causó en palacio un efecto tal, que las hijas de la czarina, para protestar, se vistieron de rojo y declararon que cuando les dirigieran la palabra en alemán no contestarían.

El reinado de esta mujer, según dicen, inteligente y verdaderamente enérgica, empezó con sangre y en sangre ha terminado. Para ella, ha podido terminar más trágicamente todavía. Viendo llegar a las tropas enviadas por la Duma para incautarse de su persona, la czarina dió orden a su guardia de no resistir. Ella misma avanzó completamente sola delante del oficial que representaba a la Rusia nueva, y le dijo, levantando la mano: «No tireis, son vuestros hermanos... Yo... yo no soy aquí ya sino una enfermera.»

Con esta frase terminó un reinado de veintiún años. La historia la conservará y lo menos que podrá decir es que no le faltó grandeza ni nobleza. A la mujer que la pronunció le presta una aureola de incomparable grandeza.

MAQUINA FOTOGRAFICA Y SU EQUIPO COMPLETO



50 CENTAVOS ORO AMERICANO

Se toman los retratos y se completan en dos minutos. No es necesario el cuarto oscuro. Tampoco se necesita impresiones. Suministramos la maquina completa con placas revelador, y con instrucciones, de manera que hasta un niño de seis años puede tomar fotografías de paisajes, edificios, etc. Positivamente no se necesitan conocimientos de fotografía. La cámara y su equipo, listo para su uso, la enviamos por paquete postal franqueado al recibo de 50 cts. americano en dinero o sellos de correo, sin usar.

EASTERN CAMERA CO., 1162 Broadway, Dep. 228 - Nueva York, E. U. A.

UN SUBMARINO EN AGUAS ALEMANAS

En el *Petit Journal*, de París, un periodista de talento, M. Georges Le Mir, refiere el viaje que acaba de hacer a bordo de un submarino francés enviado en patrulla por las aguas alemanas. De este interesante relato ofrecemos un resumen y algunas citas.

El submarino X..., de cuatrocientas toneladas, debe patrullar durante un día y una noche en aguas alemanas. Está dispuesto para su largo viaje. Sobre la cubierta, a proa y popa, los marineros esperan inmóviles como estatuas las últimas órdenes. Antes de salir hacia lo desconocido reina el silencio. Los ojos lanzan una última mirada hacia tierra. Los ojos están un poco tristes.

Pero he aquí las órdenes. La ansiedad de hacer

vuelta de tornillo y he aquí la cubierta cerrada herméticamente. El marinero, con gestos precisos y silenciosos, desciende. Ahora le toca al enseñar; sube al kiosko, examina el cierre de la capota. Todo está bien. El segundo de a bordo, terminada su inspección declara al teniente de navío: Podemos sumergirnos.

¡A los balastres! grita el comandante.

Un ruido de trueno, primero ligero, luego grave, y ahora enorme resuena de un extremo a otro del submarino. La embarcación cerrada se convierte en una inmensa caja de música. Todas las misteriosas cosas de metal que se entremezclan de un extremo a otro del submarino—depósitos, placas, cilindros, tubos, ruedas, cuadrantes—vibran, cantan. Es la extraña melodía de los water ballast que se llenan. Nos sumergimos. El kiosko es una especie de torre-

un momento cesa y el submarino lentamente se aleja del puerto. Poco después nos hallamos en alta mar. El mar está agitado. Las olas, sin piedad, barren el puente. Vamos a sumergirnos.

En el kiosko, mientras que el navío se hunde, el periodista mira...

«Un marinero viene hacia mí. Acaba de cerrar la capota. Tres

bración rítmica, como el vagón de un rápido. El ruido del mar se apacigua. Sólo sube, rítmico también, el sordo rugido de los dinamos. Bajo por la escala metálica. Detrás de mí, un marinero cierra la puerta. El submarino no es ya sino un feretro.

Durante varias horas sigue el viaje bajo las aguas misteriosas, en plena zona alemana. Por el periscopio se ven los barcos que van y vienen. Pero como el submarino francés ha recibido la orden de ver solamente sin torpedear, deja a los barcos alemanes navegar impunemente a lo largo de sus costas.

De pronto suena el alerta y llega la espera angustiosa... la muerte que pasa rozando... y que esta vez también pasará sin tocarnos.

Algo grave ocurre: los oficiales, los contramaestres, están inmóviles, ansiosos. Un marino escucha en el micrófono, muy atento. El comandante inclina hacia él su rostro. Y el hombre hace signos. El diálogo mudo es angustioso. El submarino está inmóvil bajo las aguas.

¿Qué ocurre? El segundo me lo dice.

—Estamos en plena zona alemana. Para pasar absolutamente invisibles navegamos a ciegas con el periscopio bajo. Ahora se observa un ruido insólito en el micrófono. Para oír mejor, detienen la hélice. El ruido parece de un gran navío en marcha. Debe ser un submarino alemán navegando bajo el agua, pues hace cinco minutos levantamos el periscopio y el mar estaba desierto. Acaso viene contra nosotros sin saberlo.

Me extremece pensando en el abordaje terrible entre dos ciegos, precipitándose uno contra el otro bajo el mar...

Sin embargo, hace falta absolutamente lanzar una mirada. El ruido disminuye un poco. Sin duda el barco se aleja. Se puede arriesgar una ojeada por encima del mar.

El comandante hace levantar el periscopio. Alza la mano hacia la izquierda. El contramaestre encargado de los torpedos ha comprendido. Todo está dispuesto por esta parte, si hace falta emplear el torpedo.

Levantamos el periscopio. El rostro del comandante se tranquiliza. Me invita a mirar: el ocular refleja la silueta de un sumergible alemán navegando a flor de agua. Bajo el periscopio.

—Hemos podido ver sin ser vistos.

En el micrófono oigo el ruido cada vez más débil de las hélices del submarino que desaparece. Luego, nada, sino un sordo murmullo indefinido, el murmullo del mar.

El crucero de reconocimiento ha terminado. Es de noche... El X... está todavía en aguas alemanas. Pero navega sobre el agua con las luces apagadas.

Al amanecer está de vuelta, sano y salvo, en su puerto. Y mañana empezará de nuevo sus peligrosos viajes.

PERFUME

"CHAMINADE"

MORNY — LONDRES

La Fragancia Favorita de Siete Cortes Europeas

El Perfume «Chaminade» está exquisitamente mezclado de numerosos, escogidos y raros extractos florales, y es el más original, además de ser el más seductivo de todos los perfumes.

Se vende una serie completa de confecciones para el tocador, aromatizadas con el Perfume «Chaminade», incluyendo Sales de Baño, Polvos para la cara y el cuerpo, Jabones, Loción para cabellos, etc., etc.

Dedicado con permiso especial a la afamada compositora Madame CHAMINADE

MORNY

REPRESENTANTES EN BUENOS AIRES:

Sucesión Diego Gibson, Defensa 192



Ensena los huesos de sus dedos, el plomo de un lápiz, etc., etc. Puede Ud. ver a través del vestido, aun la piel se vuelve transparente y se ven los huesos. El instrumento más interesante que se ha inventado. PIENSE EN EL PLACER QUE TENDRA TENIENDOLO. Completos Rayos X enviados franco de porte por paquete postal 25 cts., 3 por 50 cts. (moneda o sellos). Use el cupón de abajo y le enviaremos nuestro completo Catálogo de Novedades.

NOMBRE

DIRECCIÓN

X-RAY CO. 177 E. 93 St. Dep. New York, E. U. A.

La ventana está llena de tragaluces. Mientras el X... se sumerge pego la cara contra uno de estos tragaluces...

Veo el mar, la masa enorme del mar viene hacia mí para tragarse el kiosko. El agua azota el tragaluz y lo ciega. A mi alrededor las masas quedan envueltas en una siniestra penumbra de acuario, una reverberación gris, que a cada segundo se oscurece más. El kiosko se ha sumergido. Estamos ahora a seis metros de profundidad. Los tragaluces no reflejan sino negro. El submarino no danza ni rueda. A la danza de hace un momento sucede la tranquilidad. El navío está agitado solamente por una vi-

